

MEMORIAS
Y
LEYENDAS
DE MÍ
PUEBLO.

INES NIÑO DE ACOSTA



El contenido de este libro, no es más que un residuo de viejas historias.
Momentos vividos de dulce alegría y también amargos, en las tardes mías.

Inés

DEDICATORIA

Queridos lectores; antes de hacer esta narración de mi vida, antes de entregar mis memorias y estas leyendas de mi pueblo. Con todo mi amor dedico el contenido de estas páginas a mis hijos, hermanos y nietos. Y de manera especial a la memoria de mi esposo Jesús Alberto Acosta, fallecido una tarde de junio de mil novecientos ochenta y cuatro, mientras retoñaban los árboles del patio.

A la memoria de la madre del doctor Jaime Santos, doña Susanita Salgado de Santos, fallecida el cuatro de septiembre de mil novecientos ochenta y cinco, quien colaboro por mas de cinco décadas en el progreso de nuestro pueblo.

A mi amiga de toda una vida Grace Olaechea de Grichill y a su querida familia, quines ocupan un lugar importante en mi corazón y en mi memoria.

A la familia Puyade (Pau Francia), especialmente a Jean Puyade, a quien recuerdo con especial afecto.

A la familia Gaona en Buenos Aires Argentina, especialmente a María El vira Cifuentes y sus hijos.

Dedico también estas líneas a todos aquellos, quienes han ocupado un lugar de singular importancia en el desarrollo cultural y social de nuestro municipio. Espero que me disculpen la omisión de algunos nombres ya que mi memoria no puede ser infalible.

A la familia Segura por su lealtad con su pueblo, especialmente a Víctor y Jorge Segura quienes por muchos años, enriquecieron las novenas decembrinas junto con Hernán Acosta (mi hijo).

A la familia Beltrán quines han contribuido en el campo de la música las ferias y fiestas, especialmente a Ramiro Beltrán, cuyos paisajes serán la memoria de nuestro pueblo.

A la familia Bermúdez Niño porque han sido parte de mi historia, de mis afectos, mi nostalgia y mi cariño.

A todos ustedes que no enumerare, a cada uno de ustedes que no alcanzo a mencionar y que solo me limitare a citar en algunas familias cuyos nombres han ocupado un importante lugar en la historia de nuestro municipio cundinamarqués:

Familia Castro
Familia Prieto
Familia Murcia
Familia Ballén
Familia Rueda
Familia Torres
Familia Rojas
Familia Espitia
Familia Fierro
Familia Cruz
Familia Aguirre
Familia Riaño
Familia Lobo
Familia Rodríguez
Familia Cortez
Familia Chisica
Familia Osorio
Familia Alayon
Familia Alaguna
Familia Salamanca
Familia Cortez Barreto

Espero que este libro sea de agrado de todos ustedes.

Con afecto para todos.

Inés.

El 22 de marzo de 1983, doña María Inés estaba de cumpleaños. Como de costumbre. Salio temprano a la iglesia para asistir a misa y recibir la sagrada comunión. De regreso a su casa entro a la cocina, sirvió una taza de café, y tomando los primeros sorbos fijo sus ojos en la lejanía del paisaje. Asomándose al balcón de los años pensó que seria un día propicio para dedicarle a cada uno de sus diez hijos, alguna pagina que mereciera su memoria. El recuerdo, el amor, la persistencia para dejar lo que hicieron sus manos durante 35 años trabajando junto a su esposo Jesús Alberto Acosta y lograr de sus diez hijos, diez profesionales.

Del amor, del tiempo y de la vida surgieron esas páginas.

MEMORIAS

En los recuerdos del pasado (esa melancolía que la memoria elige) veo un amanecer de un año nuevo; nacía el año de mil novecientos treinta y ocho. A las seis de la mañana me levante con la intención de dar comienzo al trabajo cotidiano, que consistía en abrir la tienda de víveres de mi padre; don Pedro Niño. Al salir a la calle, vi un letrero en la pared de mi casa que decía: " Los runchos"; Aumento mi curiosidad y fijando mis ojos en las paredes de las casas siguientes, en cada una encontré un letrero curioso, a manera de sobrenombre. Pronto recorrí las dos calles del caserío riéndome de todos los curiosos nombres que encajaban bien con la condición de cada familia.

Al pasar frente a la casa del general José Isaías Gamboa, encontré un letrero que decía: "El convento". Por supuesto el general, tenía seis hijas muy piadosas y cultas, que por aquel tiempo estaban de luto por la muerte de su madre doña Tomasita Bernal Viuda de Gamboa. Las puertas y ventanas de aquella gran casa de esquina, a dos pasos de la iglesia, permanecían casi siempre cerradas y las seis niñas con sus negros trajes, parecían monjas montando guardia ante el altar del "santisimo", de allí el nombre "El convento".

En la casa de don Bonifacio Velandia, también en letras escritas con carbón, decía: "Los ratones", tal vez por que los esposos; don Bonifacio y doña Francisca eran de muy baja estatura.

En otra casa encontré otro letrero: "Las Comadreas". Y mas adelante: "Las Totumitas", pues en este lugar se vendía chicha y guarapo (bebidas embriagantes que usualmente se servían en un pequeño recipiente llamado totuma).

A la siete de la mañana termine el recorrido de todas las casas, observando que en ninguna faltó nombre burlón. Fue un año nuevo donde se agrupaban en las calles del pueblo con muy buen humor los habitantes algo sorprendido por los avisos, quienes comentaban entre risas, carcajadas y chistes el contenido de cada sobrenombre.

Desde mi nostalgia he de traer también la memoria de mi padre, don Pedro Niño Espitia, nacido en Chiquinquirá hacia el año 1900. Comerciante de profesión, tocaba el tiple con maestría, pues su tierra natal fue ciudad de tiples, guitarras y panderetas, tradición que aun perdura en nuestro tiempo.

Desde su juventud, acostumbraba todos los años a visitar su pueblo natal; salía en romería con sus amigos llevando su tiple para hacer mas alegre el viaje; gastaba ocho días viajando desde Guayabal hasta Chiquinquirá y otro ocho en regresar, pues cuentan los ancianos, que en aquella época el recorrido se hacia a pie, ya que aun no se conocían los vehículos que acortaban las distancias.

Era curioso escucharle narrar su travesía, decir que durante el trayecto, existían varias fondas y posaderos donde las gentes pasaban la noche y tomaban alimentos para continuar el viaje en las primeras horas del día; cuando no iban cantando coplas dedicadas a la Virgen, mataban el tiempo contando quien encontraba mas quimbas viejas en el camino.

Cuando mi padre me llevo a conocer Chiquinquirá ya se viajaba en tren. Siempre me hablaba con nostalgia. La primera vez que entre ala ciudad mi padre dijo:

-Vea mijítica! Estas fueron las calles que vieron recorrer mi niñez; por aquí yo pasaba las horas jugando trompo y a las bolas... Y suspiro con sentimiento.

Me señalo las casas que le hubieran pertenecido a su madre, si ella hubiera ido a reclamar su herencia , mas todo lo habían perdido porque desde muy joven se había radicado en Guayabal de Siquima, junto con su madre Estefania y su hermano Tomás.

Esta es una de las razones por las cuales siento deseos de visitar todos los años ese santuario. Desde hace algo más de diez años organizo un paseo en romería con las gentes de mi pueblo, para conservar la tradición de mi padre.

Su padre Pedro Antonio Niño (centro), su madre Carmelita Pérez junto sus familiares.
(Abajo, a la izquierda Inés sonríe en su juventud)

MEMORIAS DE JUVENTUD

Mi vida ha estado marcada por más de medio siglo vivida a la sombra de un mostrador de ventas. Desde los siete años trabajé con mis padres, ayudando a manejar su negocio de víveres.

A los diez años hice mi primera comunión y nunca olvidare que aquel día después de salir de la iglesia, el sacerdote y las profesoras de aquella época, ofrecieron un desayuno en el gran salón de la casa cural; mis compañeritos de mesa fueron Misael Pardo, Hernando Martínez, Marina Riaño y Jesús Alberto Acosta quien doce años mas tarde fuera mi esposo.

Cuando contaba con doce años, me apasione por los libros y el dibujo; recuerdo que en un concurso de lectura fui elegida entre las tres primeras, siendo la ganadora. Recibí como premio un libro titulado " Los Tres Titanes". A los catorce años termine de leer toda la colección "Araluce", algo más de cincuenta libros que contenían cuentos irlandeses, Rusos Japoneses, árabes y por ultimo, algunas obras de teatro. Esta biblioteca se conserva en ele recinto del consejo municipal, bajo la responsabilidad de su secretario con Eutiquio Acosta R.

Mas tarde me incline por las novelas, convirtiéndome en una admiradora de la Literatura Colombiana, en especial por el porta Rafael Pombo, quien no solo fue reconocido como gran traductor de cuentos infantiles, sino que se ha convertido a través de los tiempos en uno de los mejores exponentes de la poesía romántica de la lengua castellana.

Entre los buenos y malos libros que seguramente encontré en mi camino, conservo en mi memoria, con especial gratitud los siguientes títulos, que por algún capricho de la nostalgia citaré en estas paginas, ellos son: "La divina Comedia" de Dante Alighieri, que nos transporta mágicamente hasta el noveno círculo del infierno y nos eleva en un profundo viaje de la imaginación hasta los diáfanos lugares del cielo.

Algunas novelas de José María Vargas Vila y de José Eustacio Rivera. Entre las tantas que leí, una titulada "Malditas Sean Las Mujeres" del escritor Argentino Ivo Alfaro, que me pareció muy interesante por su contenido romántico y sentimental. También "El amor En Los Tiempos Del Cólera de Gabriel García Márquez.

MIS QUINCE AÑOS

El día que cumplí mis quince años, mi madre me sorprendió muy de mañana, con el regalo de onomástico. En una bandeja adornada con quince rosas en botón, traía envueltos un vestido de organdí color azul cielo salpicado de puntitos blanco, un collar de fantasía y una diadema de tres aros brillantes. Me levante muy feliz para ir a misa, pero ese veintidós de marzo no hubo misa en la iglesia del pueblo, pues debió celebrarse en la vereda de picacho, alas diez de la mañana, ya que por esos días los padres misioneros realizaban las santas misiones, que consistían en llevar el mensaje de Cristo a todos los rincones de la región.

Mi padre pensó que seria una buena oportunidad para ofrecerle un paseo a su hija; llamo a uno de los sirvientes y le dijo:

- José María! Haga el favor de ir por el potrero y se trae el caballo alazán y el potro moro.
- -Si señor! Contesto el muchacho y obedeció inmediatamente.

Una hora después estaban las bestias listas para el viaje. Mi padre me asigno el potro moro, pero yo le dije que no me atrevía a montar ese potro, porque en los días anteriores lo habían estado amansando.

Mi padre me respondió: no se angustie por eso, con nosotros va el amansador don Domingo Florián, el es un Chalan veterano.

Alas ocho de la mañana partimos del pueblo hacia el alto de picacho; mi padre iba adelante en su alazán, y yo en mi potro moro y detrás don domingo en otro caballo; nos

acompañaban unas diez personas, todas montadas formando una linda cabalgata. Y la comunidad que viajaba a pie como una legión de hormigas a lo largo del camino, en busca de la palabra de Dios.

Todos queríamos asistir a la santa misa y a los sermones dirigidos por los padres misioneros. Después de la ceremonia, nos invitaron a tomar un caldo de gallina bien caliente y un chocolate.

Tiempo después le conté a mi esposo esta historia y él me respondió con una sonrisa a flor de labio diciendo:

- no seas tonta! Si yo también estuve en ese paseo; recuerdas que en ese tiempo estaba de párroco Nicolás Salgado?.
- Claro que me acuerdo!
- Pues él me llevó de monaguillo, para acompañar la misa. Ese día colocaron en lo más alto del monte, una gran cruz que aun existe como recuerdo de "Las santas misiones".

EL PAPEL DE VIRGILIO

Una tarde de agosto de 1937, entro en la tienda un jovencito de unos 13 años a comprar las acostumbradas viandas para la cena; pan, chocolate, papas y pastas. Después de venderle le dije:

- hola Virgilio! Quiere que le cuente un chisme?

- Diga.

- A la hora del recreo, algunas niñas comentaban en la escuela que usted estaba de novio con María Rodríguez.

- Pero ya terminamos porque ella no aceptó un regalito que le envíe con un compañero...

- Ahora sigamos los dos; -continuo Virgilio con una sonrisa, pero le respondí de mal humor.

- Usted lo que quiere es que mi papá me de una muenda, mejor no me meta en esos líos, pero el chico insistía en que yo le diera una respuesta afirmativa, así le dije:

-¡váyase antes de que entre mi mamá y me de un tirón de orejas por estar hablando con usted!

Pero el muchacho no salía. Ante el temor de ser sorprendida por mi madre, le dije:

-bueno voy a aceptarle, pero con una condición: no me salude en la calle. Él me dijo:

- le puedo escribir un papelito?

- No porque de pronto me lo encuentran – le respondí.

-Se lo dejo debajo de una piedrita frente a su casa, para que nadie se entere. Y cuando me conteste, puede dejar un papelito en el mismo lugar.

- Este bien váyase. – Le conteste.

El muchacho se fue. Pasaron muchos días, olvidándome del infantil compromiso. Una mañana estaba jugando ala pelota y me acorde de aquella conversación; levante la piedra y un papelito escrito en una hoja de cuaderno estaba allí. Lo leí y lo guarde dentro de un libro, pero una prima que me observaba desde lejos, se acerco y rapándome el libro de mis manos, me dijo:

- Inés, présteme este libro. Yo le grite:

- No! No se lo presto!

Sixta Tulia Cruz salio corriendo hasta la escuela y se lo entrego a la profesora María Moyano de Bernal. El chisme cundio en la escuela y llego al plantel educativo de los niños, los cuales cuando me veían se burlaban y reían.

Virgilio no volvió ala tienda para evitar el castigo de sus padres.

Cincuenta años después Virgilio Lara frecuenta aun mi almacén, y viajando en aras de los recuerdos de la niñez, hacemos memoria de aquellos chistes que solo hacen reír. Y o le cuento que quiero escribir algo para mis hijos y Virgilio dice:

-hazlo, pues tu tienes buena memoria.

Y soltando una carcajada, vuelve a decir:

- Inés, pero como seríamos nosotros de pendejos y zanahorios que ni un beso nos dimos.

- así fue mejor; para no tener tantos apuntes que recordar, le dije yo.

MI PRIMERA CARTA

Cuando a Jorge Arturo Cruz le dio por vender aguardiente de contrabando de aquel que se llamaba rastrojero, contaba con 19 o 20 años. Muy de madrugada llegaba al pueblo a golpear en le portón de la señora Carmen Pérez de Niño, mi madre. Para venderle algunas botellas de aguardiente.

Un día, aprovechando el momento en que mi madre se retiro ala cocina, me dijo en voz baja:

- saludos le mando don Polo.

- De verdad?

- Cierto! Que le digo? Me pregunto.

- Dile que le retorno el saludo.

Y en saludos para acá y saludos para alla, transcurrieron varios meses. Todo el mundo lo llamaba don Polo, pero su verdadero nombre era José Hipólito Gamboa Bernal; era un joven de unos 15, de piel morena, cabellos negros y rizados, de genio alegre, burlón y charlatán, amante de la poesía y con razón era primo hermano del poeta Samuel Bernal Gamboa, sobrino del general José Isaías Gamboa. Su familia era una de las más importantes despueblo en aquella época, por eso para mí fue motivo de orgullo el día en que Jorge Cruz me entrego una carta de aquel joven, la cual decía:

Marzo 27 de 1939

Señorita María Inés Niño Pérez

Querida Inés:

Nada importa cuando se ama como yo a ti. Tu vas conmigo, porque estas dentro de mi corazón y nunca saldrás de él.

Y si algún día te vas y me olvidas, yo seguiré orgulloso de haber visto para mí, de tus ojos una mirada ardiente y de haber escuchado de tus labios alguna vez una frase de amor. Porque ya mi genio aletea en tu frente como una mariposa de oro y luz. Tú vas por el camino del triunfo y de la gloria y cuando llegas ala cumbre, ya no te acordaras de esa gramínea que se ha enredado a tus pies. Es verdad que cambiaras? Yo no cambio.

Siempre para ti, José Hipólito Gamboa B.

Al terminar de leer aquella carta, quede mas confundida que nunca; no sabia si guardar silencio o dar respuesta. Después de pensarlo varios días, resolví escribirle a maquina, para contestar aquella carta que tanto me impresiono. La carta fue enviada con mi amigo Jorge Arturo. Al recibirla, el joven José Hipólito se extraño al notar que había sido escrito a maquina y en pocos días envió una segunda misiva, exponiendo el deseo de recibir un mensaje de mi propio puño y letra.

Cuando le escribo como el ordena, se da comienzo a un infantil y secreto romance. Para perpetuar en silencio la correspondencia, le comuniqué a María Inés Galviz, una bellísima joven de 16 años que trabaja en la casa de mis padres como empleada del almacén. Aquella niña llevaba algo más de dos años trabajando con ellos y allí la trataban como una hija con cariño muy familiar. A partir de aquel día, Inesita Galvis, se convirtió en el cofrecito de mis secretos.

Como llevábamos el mismo nombre; mi padre me decía Inés chiquita y a ella Inés grande, porque tenía más de uno sesenta de estatura.

Mi padre no tardo mucho tiempo en enterarse; que yo estaba recibiendo cartas. Lamo a Inés Galviz y le dijo:

- Inés venga que necesito hablar con usted!

La joven se acerco y el continuo con voz severa y arrogante:

- Yo se que usted le guarda cartas a Inés chiquita; me hace el favor y las trae!

- No señor. Yo no tengo nada, respondió la muchacha.

- Usted no lo niegue, porque se me va de la casa ya!

Ante la amenaza de mi padre, Inés Galvis saco del ropero un sobre que contenía una poesía y al final un acróstico con el nombre de Inés, el cual decía así:

Imposible que dudes que te amo.

Ni que sufro dolor estando ausente.

Eres el único ser a quien yo amo.

Sin poderte olvidar ni con la muerte.

Fue este uno de los motivos por los cuales se fue Inés Galvis de mi casa, abandonando su empleo. Se retiró para irse a vivir a casa de su hermana Sara de Rodríguez.

Pero con esto la amistad que nos unía, no terminó; las confidencias y secretos entre nosotras se mantenían más firmes y armoniosos.

Al enterarse que su hija alimentaba ilusiones vanas, quiso alejarla del pueblo y para protegerla, compró una finca que quedaba a cuatro horas del camino de Guayabal; esta quedaba más cerca de los pueblos de Viani y Bituima que de mi pueblo natal.

Desde el día en que mi padre me anunció el viaje, parecía que mis esperanzas se opacaban, con el acercamiento de una poderosa tempestad. Después de reflexionar un poco, pensé que esto no era más que el producto de aquellas cartas.

Por última vez intenté dejarle una carta con mi amiga, para enterarlo de mi partida a tan lejanos montes. Mi padre había vendido su casa, su almacén, todo! Solo reservo una casa para tener donde llegar cuando fuera necesario regresar del campo.

José Hipólito; al recibir la noticia, me envió con su amigo Jorge Arturo una carta en la cual me manifestaba si sería posible una entrevista personal, ya que hasta el momento nunca nos habíamos encontrado a solas, pero todo resultaba imposible, pues mis padres no me daban permiso de ir sola a ningún sitio.

Después de meditarlo un rato, se me ocurrió que la iglesia podría ser el refugio más apropiado, aprovechando la beatería de mi madre.

Fue como así que inventé comenzar una novena a la virgen, obteniendo el permiso inmediato.

Le comuniqué a mi novio, por medio de mi mensajero, que el próximo domingo lo esperaba en la iglesia a las tres de la tarde en la puerta de entrada del bautisterio.

A la hora indicada entré al templo, simulando ir a orar y me senté en uno de los escaños esperando la cita.

Cuando hoy el timbre de una armonía que caía en el balcón del coro de la iglesia, entendí que allí me esperaba el niño de mis dueños; ¡subí un poco la escalera y escuché el saludo:

- Hola Inés! Que tal!. A la vez que estrecho mi mano con cariño.
- Que hay Hipólito! Le respondí.
- Te voy a contar una cosa que tú no sabes, dijo el joven...
- Que cosa! Dije.
- Me voy a estudiar, me van a llevar a un colegio interno de choconta. – Pero, porque allá tan lejos!
- Porque en ese colegio está el profesor Rafael Ospina, y él me prometió a mi padre una beca, así que... ¿cuando nos volveremos a ver como ahora?
- Pero si yo también me voy para el campo muy lejos de aquí, porque mi padre compró una finca en la vereda de Viani y en estos días venideros tengo que viajar.

- Yo te escribo desde el colegio, pero a donde? A Guayabal o a Viani? – Mejor a Guayabal a nombre de María Inés Galvis Ramírez, así nadie sabrá, yo se que ella me guarda las cartas.
- Esta bien..., me voy ya porque mis hermanas deben estar esperándome..., me vas a dar un beso?
- O no!. Dije cubriéndome el rostro con las manos.
- Si! Porque no?, es el primer encuentro que tenemos después de tantas cartas...

Y abrazándome me quito las manos que cubrían mi rostro y me beso suavemente en los labios.

Hipólito bajo corriendo la escalera y antes de salir a la puerta, volvió a mirar para decirme:

- Adios niña de mis ojos..., hasta otra oportunidad.

Salí del templo hacia mi casa llevando en mis labios la sensación de ese beso que fue como la chispa que prende la llama de una lámpara latente y eterna. Fue como el despertar de un sueño, quise buscar entre libros aquello que me descifrara lo que los humanos llamamos amor.

Me dedique a leer novelas románticas, impulsada por las poesías, acrósticos y cartas que había recibido de aquel joven, pero mi alma empezó a entristecerse cuando se aproximaba el largo viaje que debía emprender hacia el lejano monte.

Trate de buscar un libro de literatura, algo que me hablase sobre el amor y encontré la voz de un profeta que escalando una montaña, iba en búsqueda del infinito amor:

“Entonces dijo Almitra: hánblanos de amor.

Y el alzo la cabeza y miro la multitud, y un silencio cayó sobre todos, y con fuerte voz dijo el:

Cundo el amor os llame, seguidle, aunque la espada oculta en su plumaje pueda heriros.

Y cuando os hable, creedle, aunque su voz pueda desbaratar vuestros sueños como el viento asola vuestros jardines.

Por que así como el amor os corona, así os crucifica.

Así como os agranda, también os poda.

Así como sube hasta vuestras copas y acaricia vuestras mas frágiles ramas que tiemblan al sol, también penetrara hasta vuestras raíces y las sacudirá de su arraigo a la tierra.

Como gavillas de trigo, os aprieta contra su corazón.

Os apalea para desnudaros.

Os trilla para liberaros de vuestra paja.

Os muele hasta dejaros blancos.

Os amasa hasta dejaros livianos;

Y luego, os mete en su fuego sagrado, y os transforma en pan místico para el banquete divino.

Pero si en vuestro temor solo buscáis la paz del amor y el placer del amor, entonces mas vale que cubráis vuestra desnudez y salgáis de la era el amor, para que entréis en el mundo carente de estaciones, donde reiréis, pero no todas vuestras risas, y llorareis, pero no todas vuestras lagrimas.

El amor solo da de si y nada recibe sino de si mismo.

El amor no posee y no se deja poseer:

Por que el amor se basta a si mismo.

Cuando améis no debéis decir “Dios esta en mi corazón”, sino “estoy en el corazón de Dios”.

Y no penséis que podéis dirigir el curso del amor, por que el amor si os halla dignos, dirigirá él vuestro curso.

El amor no tiene mas deseo que el de alcanzar su plenitud.

Pero si amáis y habéis de tener deseos, que sean así:

De diluiros en el amor y ser como un arroyo que canta su melodía a la noche.

De ser heridos por la comprensión que se tiene del amor; y de sangrar de buena gana y alegremente.

De despertarse al alba con un corazón alado y dar gracias por otra jornada de amor;

De descansar al medio día y meditar sobre el éxtasis del amor;

De volver a casa al crepúsculo con gratitud, y luego dormirse con una plegaria en el corazón por el bienamado, y con un canto de alabanza en los labios”.



Paseo en una tarde de verano. Jesús Acosta, Inés, Pilar Acosta en brazos de su padre, Gema al lado izquierdo, Luchó Acosta con mameluco. Clara Acosta entre su mamá y su padre y saltando a la foto quizá Germán y Jairo camuflándose entre la hierba.

EL VIAJE

Una mañana de septiembre, debíamos emprender el viaje hacia la finca que mi padre había comprado, eran las tres de la madrugada cuando partimos de la casa del pueblo, tres o cuatro horas se gastaba a caballo; fue una de las tristezas mas grandes que experimente en mi adolescencia, al despedirme de mi madre, mis ojos se nublaron de lagrimas y mi madre quedo en un llanto conmovedor, mis hermanitos aun permanecían dormidos. La luna brillaba en el firmamento, silenciosa y muda, contemplando aquellos viajeros; parecía ser mi única y fiel compañera en aquel camino abandonado, de grandes altibajos transitados por arrieros que llevaban sus mulas o caballos para llevar sus productos al mercado.

Era un camino solitario, sombrío, lleno de arbustos y maleza; el guía que nos acompañaba nos iba informando los nombres de los pasajes por los cuales debíamos pasar.

En mis recuerdos y memorias digo: “pasamos por un sitio que llaman el Curadito, San Bernardo, La Gómez, Alto del Cape, Bogotacito, La Lorena, La Aguilita, El Pinal”. Después de dos horas de recorrido, llegamos a un sitio llamado Santa Rosa; allí desemboca el río Siquima en el río contador.

Al encontrarse estos dos ríos formaban un triangulo adornado por grandes árboles llenos de lindísimos musgos que colgaban de sus ramas como largos y blancos pendientes, extendiéndose sobre sus playas, a lo largo y ancho de las riveras.

Muy cerca del río Siquima se hallaba una casona rodeada de palmeras y buganviles; era la hacienda de don Leonidas Aguillon, un acaudalado señor muy conocido en aquellas tierras. Aun viven algunos de sus hijos y en la actualidad su hija Pepa Aguillon, es dueña de esta hacienda, que después de medio siglo vino a convertirse en uno de los sitios turísticos del pueblo de Viani, Bituima y Guayabal de Siquima, gracias a la carretera Panamericana que se abrio entre Bogota y San Juan de Río Seco.

Hace 48 años atravesamos esos lugares. Al llegar allí, pregunte a uno de los trabajadores que nos acompañaba:

- La finca esta muy lejos de aquí?
- Si señorita – respondió el trabajador, - hasta ahora hemos recorrido la mitad del camino.- exhalé un suspiro, pensando cuanto tiempo estaría lejos de mi pueblo, de mi madre y de mis pequeños hermanos.

Cuando la aurora apareció en el cielo y el amanecer nos daba un nuevo día, empezó a escucharse el canto de las avejillas del bosque, el ruido del follaje y el correr de las aguas de aquel río, que debíamos atravesar diez veces a todo lo largo de sus riveras, hasta llegar a la “Hacienda del molino”. Eran las 6 de la mañana cuando empezamos a subir la cuesta que atraviesa las veredas de “Cambular” y “Cañadas”. Cuando el reloj marcaba las 8, llegamos a un sitio llamado “Los Guayabos”:

- Nos quedan 10 minutos para llegar a la finca, desde aquí podemos verla. Dijo el señor que vendía aquellas tierras, que según las escrituras, eran 38 hectáreas.

Muy pronto estuvimos en el patio de la casa. Salio al encuentro para saludarnos, una mujer de unos 35 años, Eduvina junto con su esposo Zenón Avendaño y sus cuatro pequeños. Después de apearnos de los caballos nos sentamos en un escaño que se hallaba contra la pared del corredor; nos alcanzaron una totuma con guarapo dulce para la sed. Mientras mi padre y sus acompañantes tomaban el guarapo, yo contemplaba todo a mí alrededor. En una esquina de la casa se hallaba una larga enramada que cubría un trapiche con tres fondos, allí se elaboraban las 12 o 15 cargas de panela de cada corte de caña, según decía el antiguo dueño de la finca.

Mientras doña Eduvina nos preparaba un sancocho de gallina, yuca y plátano verde, nosotros salimos a conocer los sitios más cercanos a la casa: tres potreros con buenos pastos, plataneras y yucales; café muy poco; uno o dos arrendatarios que debían pagar con su trabajo de cada mes, el alquiler de las parcelas. Todo el día fue un continuo ajeteo, recorriendo a pie varios sitios de la finca; a pocos pasos del potrero mas inmediato a la casa, encontramos en sus cabeceras, bajo las sombras de frondosos arrayanes y guamos, un nacedero del que brotaba un pequeño manantial de aguas cristalinas, formando un arroyo que bajaba silencioso a todo lo largo de la finca; esto fue algo de lo que mas nos llamo la atención.

Meses más tarde, mi padre se quedo en el campo con sus hijos: Luis, Teresa, Cecilia, Carmenza y yo. Permanecemos allí durante cuatro años, que parecieron cuatro siglos.

Una de las cosas primordiales que se hicieron en la primera semana, fue la conducción del agua a la esquina de la casa, hecha por cañales de guadua, haciendo de estanque para recibir el precioso liquido. Dos largas canoas de madera, las cuales debían destinarse una para la preparación de los alimentos y la otra para el bebedero de animales y lavado de ropas. Varios meses transcurrieron sin conocer del todo el terreno de la finca. Una mañana muy temprano, salio mi padre con la escopeta en la mano, con el fin de cazar algunas tórtolas, yéndose por orilla del arroyuelo, buscando los linderos que daban con las tierras de los dueños vecinos. Salí en busca de mi padre, pues eran las nueve de la mañana y no regresaba a recibir el desayuno. Papa!!! Le gritaba fuertemente, pero mi padre no me escuchaba. Fui hasta un sitio llamado "Laguneta", mi padre oyó que su hija lo llamaba y contesto:

- venga, aquí estoy.

Cuando me acerque donde el se encontraba, me mostró una inmensa piedra, que formaba una cueva con el piso natural de laja de la misma piedra, que bien podía servir de refugio en tiempos de guerra a los indígenas. Con fuente de agua en un costado, pues por allá pasaba la pequeña quebrada que atravesaba la finca. La cueva tenía buen espacio hacia el interior. Llenos de asombro ante aquella maravilla que la naturaleza nos brindaba, quisimos entrar un poco, pues parecía una casa de habitación oscura, con su piso de la misma piedra rocosa. Adentro encontramos todos los elementos para la elaboración de aguardiente o licor de contrabando; allí lo fabricaba a hurtadillas para no ser sorprendidos por el resguardo nacional. Lo mas grave era que todo estaba escondido en nuestros predios. En los rincones más oscuros había una colonia de murciélagos, que ante nuestra presencia, salieron volando sobre nuestras cabezas.

Pronto abandonamos aquel lugar huyendo de esos animales que tiene imagen satánica, más que animalitos de la creación divina.

Cuando se hacían las moliendas de caña y los desyerbos de maíz, se contrataban doce y hasta quince trabajadores; uno de los peones salía a la esquina de la casa, tomaba un cuerno de ganado como instrumento musical y resoplando con fuerza, resonaba en toda la vereda; esto era una señal que se daba para anunciar que debían acercarse a recibir las viandas.

SEGUNDO VIAJE

A finales de 1940, regrese a guayabal con el fin de visitar a mi madre y a mis pequeños hermanos; traía en la imaginación un proyecto que me parecía lucrativo y quería manifestárselo a mi madre cuando llegara a mi casa.

Al caer la noche, ya estaba reunida con toda mi familia, pero antes de irme a dormir le dije a mi madre:

- Mamita: tengo muchas cosas para contarte de la finca y de las gentes.
- Cuéntanos algo de nuevo. Respondió ella.
- La gente es muy ignorante; tiene un dialecto que ellos arreglan su manera, maltratan el castellano con mucha vulgaridad y se inventan tantas palabras que hasta escucharlos hablar resulta divertido.

Nunca olvidare aquel día que llegamos por primera vez ala finca; una niña, hija del cuidandero, le gritaba a su hermano de unos 5 años que habían mandado a traer agua desde la quebrada, en un pequeño recipiente llamado "choco":

- Aljonso.....tate mas allá plantao, so Guárico gualon, ende que te mande por la choquita di agua y tuavia no tias apareció?

Estas cosas me hacían reír y otras tantas que no anoto porque seria una comedia completa. Continuando la conversación dije:

- Mamita, te cuento que en las dos veredas que cubren parte de nuestra finca, no hay escuelas, yo quiero aprovechar esta oportunidad para abrir el próximo año una escuelita en nuestra propia cas, estoy segura que a los campesino, les va a gustar mucho tener un lugar donde sus hijos puedan estudiar.

Para esto vine a tramitar unos documentos con el párroco, el alcalde, el personero, y mis profesoras, que certifiquen que estoy en capacidad de dirigir una escuela, con este fin pienso quedarme unos días y de paso te acompaño.

Doña Carmen acogió la idea de su hija dándole ánimo a su iniciativa.

Pero la historia continua: el domingo, debía ir a misa, notando por devoción, sino por la ilusión de ver al niño de mis sueños. Entre al templo para asistir a misa de nueve, ala que acudían las gentes del campo, me quede cerca de la puerta de la iglesia para observa si entraba el joven. No fui a misa pero si había venido al pueblo y pronto se entero de mi llegaba; aquel día me envió una carta con un muchacho del pueblo, en la que expresaba su ardiente deseo de verme; me pedía el favor de responderle brevemente y si era posible, una entrevista personal.

Después de leer el mensaje le dije al muchacho:

- Dile a José Hipólito que lo espero alas 6 de la tarde en la casa de Raquel Rodríguez.

Raquel era mi vecina más inmediata, ya que su residencia estaba situada frente a la mía. El joven llegó antes de la hora fijada a la casa de Raquel; lo vi entrar y comprendí que me esperaba. Me confundí, pues no sabía cómo dar cumplimiento a la cita que yo misma había ordenado, no encontraba pretexto alguno para salir de mi casa.

De improviso salí al encuentro, aprovechando la distracción de mi madre que se encontraba charlando con una vecina. Por fin nos encontramos cara a cara después de cuatro meses de ausencia:

-Que hay Inés!

-Que hay Hipólito! Conteste.

Y continúe diciendo:

- Salí corriendo por cumplir esta cita, pero no puedo demorarme más de 5 a 10 minutos.

- Porque?

-Porque salí sin permiso.

- Entonces terminemos todo, dijo el muchacho.

Incline la cabeza guardando silencio mientras pensaba: 'si le digo, esta bien, lo perderé para siempre y si le contesto que no puede ser así, sería humillarme. Después de una ligera reflexión me atreví a decir:

- Usted vera.

El joven me miró con ternura y dijo:

- No creas que esto te lo he dicho en serio, no era más que una manera de probar tu lealtad.

Inés! Dentro de 2 meses estaré lejos, me voy a estudiar. Me guardas fidelidad por todo el año?

- No solo por todo el año.

- Respondí,

- Si no por toda mi vida.

- Lo prometes?

- Si! Lo prometo.

-Está bien, dijo el;

- Pero hay del día en que yo sepa algo malo de ti! Porque nunca volveré a pisar las puertas de tu casa así sea un chisme, lo cumples?

-Si, lo cumplo, - dije, - Ahora tengo que irme.

-te vas a ir sin darme un beso?

-No se, siento pena. Dije.

-No te de vergüenza, que un beso significa Amor y no es ningún pecado. Y nos besamos con un amor sublime una y otra vez....

Salí corriendo a mi casa con el corazón rebosante de alegría queriendo descifrar aquellas mágicas palabras, amor, amor, amor.....

Pero que es amor? pensaría mas tarde. "Amor se le llama al carácter de Dios. Es la fuerza más potente de todas las fuerzas y la más sensible. Pocas personas saben lo que es realmente el amor, la mayoría cree que es aquello que se siente hacia los padres, los hijos, los esposos, los enamorados, etc. El amor es muy complejo y no se puede definir con una sola palabra, pero ya que en nuestro planeta se entiende por amor la sensación, la verdad, la vida, digamos que la tolerancia y la buena voluntad también se pueden llamar amor.

Aquellas madres que dicen amar tanto a sus hijos, que no le permiten separarse del nido, ni casarse, ni actuar independientemente de ellas cuando ya son hombres y mujeres mayores de edad, no aman; son solo egoístas y lo que sienten son deseos de posesión." Aquéllas novias y esposas que sufren torturas de celos tampoco han comprendido el sentido del amor. Esos tipos de amor no son otra cosa que un desmedido sentimiento; sobrepasan la medida, y por lo tanto, se van muy lejos de la tolerancia y la buena voluntad. Amor es el cumplimiento de la ley divina; es paz, es alegría, es encontrar la felicidad; amor es el encuentro con Cristo Jesús, porque Dios es amor.

El 18 de diciembre, debía salir de Guayabal para regresar al campo. Había conseguido todos los documentos necesarios para abrir una escuela en mi propia casa; solo faltaba consultar con el párroco y el alcalde de Viani.

La tarde anterior a mi viaje, volví a encontrarme con mi novio a orillas de un estanque que se hallaba no muy lejos de mi casa; era un pozo público de aguas cristalinas, que venían subterráneas desde una empinada loma, llamada "El Chircal". Para no ir sola, invite a Isabel Cotrino, niña vecina mía, con el pretexto de ir a traer agua; allí acudían todos los habitantes del caserío, con baldes, ollas, tarros, para proveerse del precioso liquido siempre que se agotaba el agua del acueducto. Era un aljibe cercado de piedras labradas, con un hueco en forma de ventana, casi en el suelo; todos metían sus vasijas p allí para llenarlas de agua. En tiempos de verano, parecía mas un camino de hormigas, con el vaivén de tantas personas y cantaros de barro en el cuadril.

Aquella tarde de encuentro, estaba silencios. Cuando llegue con mi amiga, el joven me esperaba; estaba sentado al borde del estanque. Un adolescente de unos quince años, tenía entre sus manos un pequeño estuche; me lo entrego diciéndome:

- Te traigo este pequeño objeto como símbolo de mi cariño.

Le di las gracias y lo abrí para ver su contenido. Era un prendedor; una linda rosa en botón.

- Te gusta?
- Si, muchísimo, conteste.

El joven alzo los ojos para ver a Isabel Cotrino, que estaba a pocos pasos, y me dijo:

- Para que trajiste esta niña?
- Te molesta?
- Si quiero estar a solas contigo, dile a Isabel que se vaya.

Pero yo respondí dirigiéndome a Isabel:

-No Isabel note vas, las dos vinimos aquí, las dos nos vamos. Peor el joven replico:

-Porque me tienes miedo?. Y acariciándome el rostro me invito a sentarme en sus rodillas.

Lo mire enfurecida y asestándole una bofetada, le dije en voz baja:

-Vaya búrlese de su abuela!

Y recogiendo las vasijas que ya estaban llenas de agua, nos alejamos. A unos diez pasos, volví el rostro para despedirme diciéndole:

- Adios! Hasta nunca!. Jamás volveré a cumplirle una cita.

La tarde caía y las sombras cubrían la calle, llenando el espacio entre mi casa y el estanque. Isabel siguió hacia su casa, mientras yo entre a la MIA, por el lado de la cocina; María Ayala ya tenía la comida y me pregunto si quería comer; le respondí:

. Gracias Mariita, pero ahora no quiero nada. Subí la escalera que daba al segundo piso, entre en mi alcoba y me senté sobre la cama, meditabunda, entristecida, como si después de una tormenta, comenzara a reinar la calma; mi mal genio ya se había ausentado y la reflexión golpeaba la puerta de mi corazón, me metí bajo las sabanas, con lagrimas en los ojos, pensando como en un instante de agresividad, perdí aquel castillitos de arena construido en la playa mar de mi existencia: "ilusiones".

Mientras que una y otra lagrima dejaba rodar por mis mejillas, pensaba, "estoy segura de lo que he perdido para siempre, se que jamás me perdonara esa actitud violenta, de haberle golpeado el rostro", así que no quedaba mas recurso que guardar completo silencio.

A la mañana siguiente, debía salir muy temprano de regreso al lejano campo; era un largo y penoso camino, cubierto de una inmensa soledad, donde solo se escuchaba el trino de las aves que habitaban la espesura de los montes, el canto de los ríos y quebradas que se deslizan majestuoso y sombríos por entre cafetales y cañadas, buscando el gran cañón del río Siquima.

Iba acompañada de mi hermano José Luis y de un peón de nombre Israel Pulido, cabalgaba un hermoso alazán, mientras mis acompañantes iban a pie con flechas o caucheras por mejor decir, apostando cual de los dos tendría mejor tiro para Matar pájaros. Eran las nueve de la mañana, cuando íbamos atravesando la vereda de Pueblo Viejo, sitio donde hace mas de un siglo existió el viejo pueblo de Guayabal, llamado en aquella época la Concepción de Siquima; se llamo así, por haber sido consagrado a la immaculada Virgen María; cuentan los ancianos, que sus abuelos decían que ante la imagen de la Santa Virgen, se postro de rodillas y oro el libertador de cinco naciones y padre de la patria, el general Simon Bolívar. Observaba el paisaje con algo de curiosidad, pensando si aquellos habitantes del siglo XIX habrían dejado una huella o vestigio que trajera a la memoria lo que fue un pueblo indígena; pero solo había ante mis ojos un oscuro camino rodeado de cafetales, cambujos, muchos y gualandayanes.

El sol nos alentaba el ánimo, con sus luminosos rayos, que como finos hilos dorados, se filtraban por entre el ramaje de los corpulentos árboles.

Caminábamos a pasos lentos, cuando de pronto, me sorprendí al ver una penca de fique atravesada en el camino, grabada con letras que conocí al instante; como iba a caballo, llame al peón que nos acompañaba, y le dije:

- Israel, alcánzame esa hoja de fique que esta en el suelo.
- - Para qué la quiere?
- Préstela!, préstela respondí con afán.
- Como el joven no obedeció, me apee del caballo y apresurada, con el corazón desbordante de alegría, reconocí la letra de aquel, que en mi imaginación llevaba como el ángel de mis castos anhelos; era el niño de mis sueños, muy claro decía; Inés, desde las siete de la mañana estuve aquí para verte, son las nueve, no puedo esperar mas, te amo y te amare siempre. Hipólito G.B`.

Al terminar de leer aquel grabado en la hoja de fique, volví a guardar la esperanza de que aun me amara. La lleve en mis manos como un testimonio de aquel amor primitivo, que ardía como la llama de una lámpara encendida en lo mas recóndito de mi alma; durante varias horas la lleve conmigo, y al hacer la travesía en el ultimo paso del río contador, la tire al agua y la mire con tristeza infinita, mientras aquella inscripción en la hoja, se alejaba entre tormentosas aguas de aquel río.

Pensaba en las grandes dificultades que tendría para una entrevista personal con el, aunque me asaltaba el temor de que aquel amor que de improvisto habría brotado, algún día se extinguiera como las estrellas, que aparecen en el cielo y desaparecen en el infinito de la noche.

Mantenia en mi memoria aquella cita que ocurrió cerca de mi casa, en la que me mostré altanera y grosera; sabia bien que la agresión que cometí golpeándole el rostro, mi novio no me la perdonaría jamás. Por eso, sentía Que lo amaba con la fe pérdida, lejos de toda esperanza. Tenia conciencia que solo era una ilusión pasajera, que a la vez marcaba una de las primeras etapas de mi vida.

UNA ESCUELITA PRIVADA

A comienzos de mil novecientos cuarenta y uno, quiero realizar mi proyecto, abrir una escuelita: para esto voy al pueblo de Viani, hablo con el párroco y también con el alcalde, obteniendo su aprobación. Con este propósito mi padre se entusiasma y mando hacer dos grandes escaños de madera, para sentar a los estudiantes. Las clases comenzaron el diez de febrero de 1941 con treinta y cinco niños. Por las dificultades que se presentaron en las primeras semanas, fue necesario alternar los cursos, los lunes para los niños, los martes para las niñas y axial sucesivamente; antes de iniciar la primera clase de la mañana, se entonaba un himno de nuestra patria. Se comenzaba la clase, la religión, matemática, geografía, historia, etc.

Al terminar el primer mes de clase, los padres debían pagar la suma de un peso por cada alumno; todo fue un éxito, para mi resulto un dineral sorprendente, la cantidad de cincuenta y cinco pesos.

Y me invente una escuela nocturna para los trabajadores de las fincas vecinas, axial que en aquel año, todo me resulto de maravilla.

CUATRO AÑOS DE GRANDES PENURIAS

Desde 1940 hasta finales de 1943, transcurrieron tres años que para mí y para mi familia, parecieron cuatro siglos; sobre todo en épocas invernales, cuando era indispensable viajar a Guayabal.

En muchas ocasiones tuvimos que soportar tormentas y aguaceros que nos sorprendían caminando por las riveras de los ríos y peñascos; cuando los truenos y relámpago anunciaban una tormenta eléctrica, no me quedaba otro consuelo que elevar mi corazón a Dios y comenzar una oración.

Han transcurrido muchos años, casi medio siglo, y aun traigo a mi memoria aquellos recuerdos, en los que estuve a punto de perecer ahogada por las crecientes de los ríos y quebradas. Nunca olvidare el peligro que sufrí una tarde de noviembre de 1941; viajaba a mi pueblo natal, eran las cuatro de la tarde cuando atravesaba el último paso del río Guayabal, frente a la playa donde desembocaba en el río contador, formando un ángulo obtuso al unirse las dos corrientes; no había caminado diez metros por entre el cañaveral que se hallaba sobre la playa, cuando escuche un temeroso ruido, semejante a una peña derrumbándose; me imagine que el río Siquima habría crecido, probablemente había llovido torrencialmente por las cabeceras de Alban y Guayabal.

Retrocedí algunos pasos y pude contemplar la altura de la creciente con sus espesas y embarradas aguas; desde allí me quede mirando como las aguas del río Guayabal barrieron las del otro cauce empujándolas más allá de sus riberas y así seguir entrelazados sobre su mismo lecho, como dos gigantescas serpientes bajando presurosas por entre aquel bosque selvático, solo y sombrío, Allí donde el murmullo de las aguas, el canto de las aves y el ruido del follaje, son el eco de aquellos lugares que solo conocen los arrieros que transitan con sus mulas en aquella región.

El viaje se había hecho a pie. Un recorrido peligroso y feo por la estrechez del camino, ya que solo permitía el paso de una persona o una mula, pues el trayecto estaba trazado por laderas montañosas con derrumbes que caían hasta el río Siquima. Aquella tarde de noviembre, llovía sin piedad cuando empezaron a caer las primeras sombras de la noche. Iba llegando a un sitio llamado "San Antonio". En la cuenca de una roca que se hallaba a orillas del camino, veneraban una pequeña imagen del milagroso San Antonio de Padua, que muy negrito se veía por el humo de tantas velas encendidas por los viajeros en gratitud a sus favores.

Las gentes decían que a este santo lo veneraban desde tiempos remotos y que eran incontables los milagros que obraba en los que en él confiaban. Prendí una vela y ore con fe pidiéndole me ayudara a conseguir un albergue y una cena en el camino, porque la noche caía y la lluvia no cesaba; aun faltaba hora y media para llegar a mi pueblo, pero yo guardaba la esperanza de llegar pronto a la hacienda el "Bogotacito", sabía que los dueños de aquellas tierras sostenían lazos de amistad con mis padres; don Casimiro Mahecha y su esposa Simona eran personas muy generosas y de buen corazón, allí

siempre que pasábamos de noche, nos hospedaban, dándonos buena cama y alimentos para en la mañana siguiente continuar el viaje.

Lo peor de todo era pensar como se tornaban aquellos infernales caminos, en bancos y más bancos de profundos barrizales, donde las mulas o caballos quedaban enterrados hasta la barriga.

No solo el invierno traía tragedias y sinsabores; también en las épocas de verano, cuando con mayor frecuencia debíamos viajar a Guayabal, el sol era tan inclemente que secaba el sudor de nuestra cara hasta convertirlo en pequeños caminos de sal que recogíamos con los dedos.

El temor a las abundantes aguas de ríos y quebradas se había extinguido por completo, ahora venia la época de las serpientes; era el tiempo apropiado para la aparición de estos reptiles que tanto miedo y peligro de muerte ocasionaban a los arrieros por sus venosas picaduras. Nunca nos llevo a suceder ese infortunio pero los sustos que tuvimos fueron terribles.

Una tarde viajaba hacia mi pueblo, iba cabalgando una yegua: "La Dalia", nombre que se le había puesto desde que era una potrilla, venia corriendo con paso suave y fino en la recta que se aproximaba a la hacienda "el molino", de repente el animal se detuvo, resoplo fuertemente como si estuviera asustado y dio una estampida hacia la otra orilla del camino; estuve apunto de caer al suelo. Pensé que algo extraño ocurría, pues mi animal era muy manso, mire a ambos lados del camino y en la orilla opuesta, en un rancho abandonado se veía un cuero de culebra dibujado en forma de equis (XXX) de color negro y blanco a todo largo del rancho; algo mas de cuatro metros debía tener la culebra que allí cambio cuero. Dejando una vuelta en cada estantillo de la casa abandonada y esto son contar la cabeza y la cola, pues no se alcanzaban a ver. Creí que este era el motivo por el cual mi yegua se había asustado, alce la mirada hacia el bosque y cual seria mi sorpresa cuando divise no muy lejos, una enorme serpiente de color rojo y negro que colgaba del gajo de un árbol.

Lena de terror, azuce la bestia y dándole fuertes latigazos, abrí a correr huyendo de tamaño peligro.

Fueron muchas las penalidades sufridas en aquel entonces: el calor sofocante que se sentía durante el viaje cuando el recorrido se hacia a pie, el sudor abundante y salado que corría por el rostro hasta convertirse en una fina y sólida capa de sal, fueron experiencias que me ayudaron después a sobrellevar estas arduas jornadas.

Opte por llevar en un bolso, un vestido de baño, mi sombrilla que nunca me faltaban y una diminuta totuma para tomar agua pura, que en algunos sitios brotaba de las rocas.

Cuando el sol calentaba inclemente, era necesario entrar al río Siquima para darse un baño y seguir el camino con un poco de frescura.

Todas aquellas experiencias, aparecen aun en mi memoria como el despertar de un sueño lejano, se conservan imborrables a pesar de los días.



Por los mismos pasajes caminan cuarenta años después, Inés y su hermana Cecilia.
(Lugar Santa Rosa).

EL REGRESO

A finales de 1942, volvimos a mi pueblo natal.

Encontré a uno de mis antiguos mensajeros que me guardaba la secreta correspondencia de mi infantil novio, la cual daba por terminada a través del tiempo y la distancia.

Mas por encima del pesimismo, sobrevino la sorpresa; Obdulio Pardo me entrego una carta diciéndome:

- Señorita Inés, hacia días que guardo esta encomienda, que el señor Gamboa me recomendó le entregara a usted.

Le dí las gracias y guarde la carta en mi pecho mientras tenia ocasión de leerla.

Como en aquellos tiempos la gente del pueblo acostumbraba lavar ropas en el río, o en una quebrada que se encontraba a pocos pasos del caserío, mi madre pagaba una mujer que se encargaba de este oficio; pensé en ir al río con el pretexto de llevar el almuerzo a Salomé (la lavandera), seria la mejor ocasión para leer la carta que aun guardaba, sin poder enterarme del contenido de aquel mensaje. Y le dije a mi madre:

- Mamita si sumerge quiere, yo puedo ir a llevarle el almuerzo a Salome.

Ella acepto, advirtiéndome no hacer tanta demora. Cuando llegue a orillas del riachuelo, quede admirada de ver tantas mujeres que a lo largo de la fuente doblaban su cintura, sobre las piedras con sus pies descalzos entre el agua, lavando pilones de ropa. Era curioso ver que aquel conjunto de jóvenes y viejas, unas tarareando canciones, otras discutiendo la prioridad de su lavadero:

-Si las piedras no son suyas! Y la otra respondía: - Ni la quebrada tampoco!

Así pasaban el día contando cuentos y tejiendo leyendas acerca de las comadres, vecinas y los aventureros de aquella época.

Llame a Salomé para que saliera a recibir las viandas que mi madre le había enviado en una cesta. Mientras la mujer se sentó a comer, yo corrí a esconderme para leer aquella carta.

Nunca olvidare que mis manos temblaban, al presentir que en aquellas líneas venia la sentencia de aquel insulto que yo había proferido en la última entrevista, pero no sucedió así. Por el contrario, era el contenido de una carta amable y sencilla en la que el reconocía su error, ala vez que pedía mil disculpas y perdones, prometiéndome un absoluto respeto por aquel amor sagrado y puro, que brotaba como el agua de un limpio manantial; entonces recobre mi alegría, ala vez que recibí una buena lección acerca de mi comportamiento para conquistar un futuro feliz campo del amor.

Cuando termine de leer la carta, volví a repetir la lectura repasando con atención el contenido del mensaje; luego guarde la carta y me acerque a la ribera del riachuelo para esperar a Salomé.

Era una época de verano. Aquella tarde el sol ardía intensamente, las lavanderas trabajaban con afán; algunas entonaban esta canción mientras golpeaban con fuerza las ropas contra las piedras:

Pan! Pan! Sabroso es lavar
Cual poco de nieve la ropa dejar,
Yo he venido aquí a la fuente,
Traigo mi ropa a lavar,
Si se enfada la de enfrente
Siempre me pongo a cantar.

Aquí me siento a cantar,
En esta piedra bonita,
Por ver si veo asomar
A Estela o a Rosita

Así es el recuerdo de aquellas tardes primaverales que han guardado vigencia por muchos años en mi memoria, pero que con el tiempo han desaparecido. Al caer la tarde, parecía que la música y el canto de las lavanderas se alejaban con las sombras del anochecer, quedando en un silencio natural aquellas piedras del riachuelo, donde solo se escuchaba el canto de los grillos y el croar de las ranas.

Pero la historia no termina aquí: a comienzos de 1943, regrese al campo, volví a ocuparme de mi escuelita mixta; que muy feliz me hacía no solo por las labores que constituían mi mayor satisfacción, sino por el buen lucro que a mi corta edad me parecía un dineral.

Plácidamente transcurrían los meses, hasta que una tarde de Julio, llego a la finca el tío Tomas, trayendo la mala noticia, de que mi madre estaba gravemente enferma; tenía síntomas de locura o debilidad mental, pues una mañana al asistir a misa, momentos después de recibir la sagrada comunión, se desplomo al suelo quedando sin sentido, El sacerdote de aquella época, el padre Nicolás Salgado, ordeno la levantaran para llevarla a la casa cural; allí le dieron de beber un poco de vino y luego el tío Tomas la llevo a su casa y recomendándola a una señora, la dejo a su cuidado, mientras emprendía el viaje para llevar la noticia su hermano.

Pero aquella tarde mi padre no estaba en la finca, había partido hacia el pueblo de Viani a comprar carne y algunos recursos para alimentar los peones que trabajaban en la molienda de caña. Cuando volvió a la casa, su hermano Tomas lo esperaba para decirle, que debía madrugar a coger camino a Guayabal, pues su esposa se encontraba gravemente enferma.

Para mi padre fue una sorpresa triste y conflictiva. Entre a la cocina llorando, mientras atendía a mi tío y a mi padre con la comida. Salía con los platos en la mano hacia el comedor, cuando mi padre dijo:

- Tomas lo que encontré en el correo de Viani.

Yo estaba con los ojos llenos de lágrimas por la noticia de la enfermedad de mi madre, pero al ver esas cartas, quede asombrada al enterarme de que Jo se Hipólito, aun a través del tiempo y la distancia, me escribía. Mientras secaba mis lágrimas con un pañuelo, pensaba para mi, "Ahora. Comprendo como la tristeza y la alegría las sentimos como

hermanas gemelas; cuando la tristeza despierta en nuestro corazón, nuestra alegría duerme en su cama, y cuando la alegría llega y abunda en nuestro espíritu, la tristeza vuelve a dormir en nuestro corazón”.

Al amanecer del día siguiente, en horas muy tempranas, partieron en caballos mi tío y mi padre, hacia Guayabal. Todo el trabajo de la molienda quedo bajo mis órdenes. Me levante muy temprano y cuando estuve a solas, fui ala cocina a leer las cartas; por el contenido de los mensajes, me enteré que José Hipólito estaba pagando servicio militar en la escuela de motorización de Usaqué (Cundinamarca). Hacia casi un año, no sabía nada de él.

De estos recuerdos traigo a mi memoria una linda poesía, escrita de su puño y letra:

A SOLAS
(Del poeta German Arciniegas)

Quiere que hablemos?
Esta bien, empieza.
Habla a mi corazón como otros días,
Pero no! Que dirías?
Que podrías decir a mi tristeza?
Esta sola mi alma y esta triste
Inmensamente triste hasta la muerte

Cuando por vez primera en mi camino le encontré
Reía en los campos la alegre primavera
Todo era luz, aroma y armonía
Hoy todo cuan distinto!
Solo voy por la desierta vía
Pensando en las tristezas del ocaso
Y en la tristeza de las almas solas.

Amor arrepentido!
Ave que quiere regresar al nido
A través de la escarcha y la neblina
Amor que vienes aterido y yerto
Donde fuiste feliz... ya todo ha muerto
No vuelvas.... Todo lo hallaras en ruinas.

A qué has venido? Para que volviste
Qué buscas? Nadie habrá de responderte
Esta sola mi alma y esta triste
Inmensamente triste hasta la muerte

Todas las ilusiones que te amaron

Las que quisieron compartir tu suerte
Mucho tiempo en las sombras te esperaron
Y se fueron cansadas de no verte
En torno ala mirada no columbra
Sino aspereza y paramos sombríos
Los nidos en la nieve están vacíos
Y la estrella que amamos ya no alumbra
El azul de tus sueños y los míos.

Partiste para ignota lontananza
Cuando empezaba a descender la sombra
Recuerdas? Te llamaba mi esperanza
Pero ya mi esperanza no te nombra
No ha de nombrarte para que?
Vacía esta el ara y la historia yace trunca
Ya para que esperar que irradie el día
Ya para que decirnos todavía
Si una voz frita en nuestras almas nunca!

Dices que eres la misma, que en tu pecho
La dulce llama de otros tiempos arde
Que el nido de el amor no esta deshecho
Que para amarnos otra vez no es tarde
Te engañas! No lo creas!
Ya la duda echó en mi corazón fuertes raíces
Ya la fe de otros años no me escuda
Y no puedo creer lo que me dices.

Quedo de sueños mi ilusión desnuda
Mi fe en tu amor perdida
Es ancla de una nave destrozada
Ancla en el fondo de la mar caída....

Anhelos de amor; castos, risueños
Ya nunca volverán... se Van
Se esconden las llamas? Es inútil
No responden:
Ya los cubre el sudario de mis sueños.

Hace tiempo se fue la primavera
Llegó el invierno fúnebre y sombrío
Ave fue nuestro amor; ave viajera
Y las aves se van cuando hace frio.

Esta poesía hizo parte de una de las tres cartas que mi padre encontró en el correo del pueblo de Vianí, las cuales hacía más de cuatro meses que reposaban allí.

LEYENDAS

Desde tiempos remotos, la gente campesina y quizá la menos instruida, ha creído en la existencia del diablo; fueron muchas las historias que escuché acerca de este personaje que tiene poder sobre las fuerzas del mal.

Propietarios de tierras vecinas a la nuestra en aquella época, contaban que en varias ocasiones habían oído los gritos diabólicos en altas horas de la noche llamando por sus nombres y apellidos a las personas del mal vivir.

Ninguno de nosotros creía tales comentarios. Lo cierto fue que una noche cuando todo se encontraba en el más profundo silencio, oí aquel grito maligno que repercutió en todas las veredas aledañas, semejante al eco que deja el pito de un tren en la quietud de la noche:

- Eeeeeiiiiiiiiii..., fueron las dos sílaba atronadoras que se oyeron; eran las doce de la noche, al instante llamé a mis padres y a mis hermanos y les pregunte:
- Ustedes oyeron eso?
- Si, respondió mi padre.
- Yo también oí, dijo mi madre.

Acto seguido mi padre comenzó el rezo del Santo rosario invocando a la Virgen María con cantos en alta voz, para disipar el miedo que parecía llegar hasta el recinto de aquel hogar.

Desde el cerro de “Pan de Azúcar”, un elevado picacho rodeado de montañas y situado lejos de los pueblos, se escucho aquel grito diabólico rompiendo el silencio de la noche.

Dos años mas tarde mi padre vendió sus tierras y regreso a Guayabal resignándose a ser comerciante de nuevo. Compro varios casalotes y comenzó a trabajar con una pequeña tienda de grano que con el tiempo, llegaría a ser uno de los mejores negocios del pueblo.

UN PACTO CON EL DIABLO

A mediados de 1945 conocí a Florentino Ballén, un campesino natural de Guayabal de Síquima, contrabandista profesional de aguardiente, un licor que llamaban “chirrinche”, elaborado por él mismo.

Vivió en los llanos orientales durante mucho tiempo y contaba que practicó magia negra durante 11 años. Jamás supo de la cobardía, pues hasta un conocido poema llanero “El Caporal y el Espanto” se hace una invocación al coraje y a la memoria de aquel valiente campesino; recordemos parte de aquel relato, donde el Catire José Amalio, decide enfrentar aquel temible espanto y lo reta a un duelo a muerte:

“...Maldito ese piazo muerto al que llaman condenao, me voy a buscarlo solo, le voy a pegar un balazo, ese jodío ta creyendo que sido gallo espueliao, pero conmigo se juñe, lo voy a mandá al carajo, le voy a pegá un balazo”.

*Y bien resuelto iba el hombre en su caballo castaño. Llevaba en su cartuchera la Cruz, señal del cristiano, en la copa de su sombrero la Virgen, patrona del llano y en sus labios de coplero a **Florentino** y al Diablo.*

“Espanto de la llanura que acobardas al mas guapo, vengo a buscarte pelea, como quieras condenao.”..... “Soy tigre que el la sabana nunca lo han acorralado”.

Serían en punto las doce, el llano estaba embrujado.....

“Que es lo que quieres de mí”, le respondió aquel espanto.

“Si quieres pelear conmigo, alístate José Amalio, porque voy a demostrarte que para mi no hay humano, que se atreva a desafiarme en este, tu inmenso llano”.

*“Acomódese cuñao”, le respondió José Amalio, “a mi no me asustan sombras, ni con luces me acobardo, yo soy como **Florentino** que le dio paliza al Diablo, traigo la Virgen del Carmen prendida al escapulario.”.....*

Cuando el viejo llegaba al pueblo, andaba borracho, se quitaba el sombrero, lo colocaba con las manos atrás y gritando en voz alta decía: “porque cuando Ballén Florentino llega a este pueblo, hasta los perros aullan!” Y en efecto, los perros empezaban a aullar, hasta cinco, seis o mas perros se arrinconaban contra las paredes aullando como lobos. No se puede negar que muchos rincones del territorio colombiano, las gentes campesinas han tenido creencias con el diablo, lucifer o demonio o en otros términos el príncipe de las fuerzas del mal.

En aquel tiempo Florentino frecuentaba de noches las tiendas del pueblo para ofrecer su producto: el licor de contrabando que él mismo elaboraba.

Una mañana, entró el viejo al restaurante de mi madre y mientras tomaba un café, queriendo yo interrogar todos los detalles de aquellas extrañas leyendas, le pregunté:

- Don Florentino, es verdad que a usted lo ha asustado el diablo alguna vez?. Y el viejo respondió:
- Si señorita, una sola vez me asustó ese arrastrado.
- Cuénteme cómo fue!
- Esta es una historia larga y horrible de contar, dijo Florentino. Duré once años con los libros de la magia negra, hasta una mañana, el padre Federico Ibáñez me

sorprendió en mi casa, me habló en forma muy cordial y después de un largo diálogo, sus frases convincentes parecieron atrapar me en las manos de Dios; el me ordenó diciéndome:

- Anda Florentino, tráeme esos libros!. Yo subí por una escalera y bajé los libros que bien escondidos, los guardaba en el zarzo del rancho donde vivía;
- Aquí están, padre Federico!.

Y colocando aquellos libros en el piso para quemarlos, dijo:

- Jamás confundas tu alma que sólo le pertenece a Dios, con este enjambre de supersticiones diabólicas!

Y aquel día se quemaron todos aquellos libros que no hablan de otra cosa, sino de los compromisos y pactos con el mismo Satanás.

Lo más grave fue verme obligado a sostener un pacto con el diablo siete años; si yo moría en el lapso de este tiempo, mi alma sería suya; pero si cumplida la fecha, yo vivía, quedaba en completa libertad para elegir mi destino.

El tiempo transcurrió y por fin me sentí libre; pero esto no se lo deseo a nadie. Cómo sería de terrible, que cuando tenía una cita con el buen amigo, me tomaba lo menos unas dos botellas de aguardiente para espantar el miedo, por que el encuentro debía ser en punto de las doce de la noche: yo trazaba un círculo grande con una vara bendita y me colocaba en el centro; luego, según las indicaciones del libro mayor, debía prepararme para la entrevista; esta debía hacerse en un sitio lejano, donde no pudiera ni escucharse el canto de un gallo, ni el correr de una fuente.

La primera prueba consistió en adquirir un gato negro en la condición de ser robado, llevar conmigo una olla de barro, un cucharón de madera y una tapa que cubriese bien la boca de la olla; colocar tres piedras en forma triangular, prender una fogata en el centro y colocar el recipiente con agua suficiente; luego meter el gato vivo y dejarlo cocer hasta que quedaran los huesos limpios; al transcurrir un par de horas, tomar un hueso en la mano y salir corriendo sin volver la vista atrás, hasta lograr atravesar una corriente de agua. Después de haber adquirido el hueso de aquel gato deshecho, debía pronunciar una oración diabólica que aprendí del libro de la magia negra, con la cual podía hacer ilusionismo y con estas prácticas, hacer ver las cosas extrañas que consistían en la transformación de mi cuerpo en un animal o un objeto raro.

- Pero, cuénteme, pregunté,
- Qué sucedía cuando usted se encontraba con él?
- Eso es algo terrible de contar, señorita!. Una vez me retardé en cumplir la cita y cuando llegué al sitio donde debíamos encontrarnos se me apareció en forma de burro disfrazado: llevaba chaleco verde, barriga de sapo, patas de mula, manos de res y una cabeza de asno; se estaba riendo, mostrando tamaño dientes y silbando como el burro flautista. Pero cuando él pretendía asustarme yo pronunciaba unas palabras que hacían temblar los infiernos. Por que machos como Florentino no hay!. Y continuó diciendo:
- Voy a contarle!.

Una tarde, entraba yo a un pueblo a llevar mis contratos de aguardiente; estaba cayendo la noche cuando llegué al cementerio que se encontraba a la entrada del pueblo, y allí,

detrás de una bóveda deje mi costal, donde llevaba una garrafa que contenía 25 botellas de trago, pues yo pensaba que este lugar era el mejor escondite y el mas seguro; ya que en aquel tiempo a quien encontraran con aguardiente de contrabando le castigaban con cárcel.

Salí de aquel santo lugar y entré en la primera tienda que encontré. Pedí una cerveza y seguí bebiendo hasta que olvidé la misión que llevaba; vender licor. Cuando la ventera miró el reloj y vió que eran algo mas de las 11 de la noche, me pidió el favor de salir; en aquel momento me acordé de mi costal que había dejado en el lugar donde descansan los muertos. Me fui al cementerio con el fin de dormir un rato, mientras llegaba la aurora. Estando allí, detrás de una bóveda, oí un extraño ruido y asomándome con sigilo, vi a un hombre corpulento, con brazos tan velludos como los de un oso y uñas tan largas como diez centímetros, arrastrando un cajón de una tumba y arrojándolo contra el empedrado de la calle del cementerio. Las tablas del cajón saltaron lejos y el maligno echó el muerto al hombro. En aquel instante se me espantó la borrachera quedando otra vez en mis cabales; sentí mi sombrero como a un metro de altura, fue una visión tan horripilante que perdí el conocimiento y no supe nada más, me privé.

- Entonces qué sucedió después? Pregunté.
- No supe más, señorita; cuando desperté al día siguiente me estaba calentando el sol en la cara, serian como las nueve de la mañana.

Cuarenta años después entró a mi almacén de calzado un anciano de unos setenta años de edad, con una voz fuerte y vigorosa dijo:

- Véndame, señora, un par de zapatos número 36.

Le alcancé un par de zapatos de los más baratos, considerando que se trataba de un campesino de escasos recursos; pero el viejo dijo:

- Quiero algo mejor!. Yo le respondí:
- Con mucho gusto! Sólo que el precio es más alto.
- No me importa el precio; lo que me interesa es la calidad.
- Está bien, dije. Y mientras le señalaba un par de zapatos de mejor calidad, el viejo añadió:
- Esta cara no me es desconocida. Al decir esto lo miré fijamente y le conteste:
- Usted me hace recordara un señor que conocí hace muchos años; se parece un poco en el rostro y hasta en el timbre de la voz.
- A quien?
- A Florentino Ballén!, y con un semblante lleno de alegría dijo estrechando mi mano:
- Yo soy el hijo de Florentino Ballén!
- Me alegra conocerlo, respondí. Y después de cancelar el precio de los zapatos, le dije:
- Quiero aprovechar estos momentos para darle una noticia.
- Usted dirá, señora.
- Siga señor tome asiento. Luego le invite a tomar café con un joven que le acompañaba.

Mientras el viejo y el chico tomaban tinto, corrí a mi escritorio y mostrándole un cuaderno donde venia escribiendo unas memorias de mi juventud, le dije:

- Quiero escribir para mis hijos un pequeño librito; pero dentro lleva algunas leyendas y memorias de su padre; quiero que usted me diga si esto que escrito refiriéndome a las visiones que tuvo Florentino Ballén con don “zata” es cierto o no, y le leí esta narración.
- Si señora, eso es muy cierto! A mí me contó en distintas ocasiones lo mismo. Sólo le faltó una cosa.
- Qué cosa?
- Que las tablas del cajón de aquel muerto que Belcebú sacó de aquella bóveda, fueron encontradas en las tierras de un rico que conocí.
- Y usted por qué lo sabe?
- Por que yo fui un trabajador de él y era mi patrón en los años de mi juventud.
- Señor Ballén, y a usted no le dio por seguir las huellas de su padre?
- No señora! Pero fui algo peor. No crea señora que he sido bueno. Le confieso que fui barro; fui podre. De joven recorrí todas las cárceles del país y estando en una de las peores, el “Señor de los Señores” me puso la mano; Salí de allí y fui a parar a Puerto Boyacá, conseguí buen dinero, compré tres fincas y vivo en la mas lejana; allí vivo muy tranquilo, para mi es un lugar de paraíso; tengo toda clase de aves de corral, jardines, hortalizas y cereales.
- Y vive solo?
- No señora! Una hija de unos cincuenta años me acompaña y me distrae con la lectura; actualmente me esta leyendo un libro escrito por un tolimense, habla de gallegos, de cómo es la vida en el Tolima; el libro se titula “Pampa y Río”.
- En total está pasando usted una vejez tranquila, dije.
- Así es, contesto el viejo; no sólo tranquilo, sino feliz también, por que después de tantos sufrimientos, de haber llevado una vida desorientada y perversa, el señor Jesús me ha mostrado el camino; la vida me ha golpeado sin piedad y El ha curado mis llagas; a través de todos mis sufrimientos y reflexiones, pude entender que seguir a Cristo, es conseguir la paz y la felicidad en la tierra.

Y volviéndose hacia un niño de unos doce años que lo acompañaba y estaba escuchando nuestra conversación, dijo:

- Mijo! Ponga cuidado por que estas charlas son importantes para un joven de su edad. Yo le aseguro que entre el bien y el mal debemos hacer siempre el bien, por que frente a la maldad esta el bien; frente al odio está el amor; frente a la guerra esta la paz, frente a la enfermedad esta la salud; todo gira alrededor de nuestra existencia, como líneas paralelas, así como nuestra vida está frente a la muerte y con ella está la eternidad en la extensión desierta. En este mundo sólo se vive de ilusiones; somos libres de hacer lo que nos place siempre que no perjudiquemos a los demás, todos llevamos dentro un juez que nos acusa o nos salva, es la voz de nuestra propia conciencia.

Con estas frases inspiradas desde lo mas profundo de sus sentimientos terminó el dialogo entre el viejo Pedro Ballén y yo.

UN EXTRAÑO ENCUENTRO

Era una tarde gris de octubre, la escarcha y la neblina cubrían los campos, caía una leve llovizna, a la vez que el frío se sentía intenso. Yo estaba sentada en un escaño de la casa de campo muy entretenida, leyendo la novela “Genoveva de Brabante”, cuando vi que se acercaba al patio de la casa un pequeño hombrecillo, tan extraño como jamás había visto. Tenía algo más de un metro de estatura, sus manos y pies igual que su rostro eran tan blancos como la nieve, a pesar de ir descalzo. Saludó con una voz extraña; aquel anciano parecía ser de tiempos remotos. Imaginé que podría ser Dios aquel que se me aparecía en forma de hombrecillo, o quizá el mohán de los encantos y leyendas que mi padre nos contaba.

Llevaba puesta una ruana del color de la cachaza de la miel, tan larga que las puntas tocaban sus pies, y del mismo color un sombrero como de paño, acartonado y bien alado. Sólo dejaba ver sus manos, los pies y su rostro blanco perfilado.

Me levanté del escaño para saludar al anciano, pues por las tierras de mi padre, atravesando el patio de la casa, cruzaba el camino que daba paso a otras fincas. Movida por la curiosidad, comencé a hacerle preguntas:

- Para dónde va usted? Le pregunté. El anciano con voz antidiluviana, contestó:
- *Voy para Chaguaní. Hace 50 años el camino era por la montaña... ahora me perdí..*

Hablaba mucho, pero poco se le podía entender a pesar de afinar bien el oído. Mientras conversaba, fijaba sus ojos en el techo de la casa sin mirar mi rostro; era una persona tan extraña, que resolví correr hacia el dormitorio para llamar a mi madre y a mi hermana Teresa, que se hallaban descansando, pues el frío era intenso. Las llamé con afán, diciéndoles que salieran de inmediato, pues en el patio de la casa estaba un hombrecillo que más parecía ser de otro siglo de la época actual. Ellas salieron apresuradas a verlo, mientras yo lo distraía con más preguntas.

En lo que logré entenderle, dijo; señalando desde la esquina de la casa el nevado del Tolima (donde bien podía divisarse), que allá tenía más de 100 hijos, cosa que me sorprendió y nunca pude olvidar.

Aquel extraño ser mostraba afán de irse, pero yo quería detenerlo con preguntas, mientras lo observaba de pies a cabeza.

Pronto se despidió y yo le apreté su mano, mientras pensaba: “para que me vaya bien en la vida”. Cuando el anciano se alejó, le contemplé para ver qué camino seguía; más al coger una curva en el camino, como a unos 30 metros de la casa, desapareció. Corrí hasta aquel sitio para observarlo, pero no lo volví a ver nunca.

Aquella noche llovió torrencialmente sin descanso, hasta el amanecer de una mañana gris. Nos levantamos un poco tarde para comenzar las labores cotidianas y nos enteramos por los vecinos, de los desastres que ocasionaron las crecientes de los ríos y quebradas dejando grandes derrumbes, arrastrando cafetales y platanales. El río

contador hizo muchos estragos; se ahogaron cerdos y ganados y se inundaron sementeras. Decían los campesinos, que probablemente aquella noche, bajo por el río el mohán de los encantos y leyendas.

UNA PESADILLA CONVERTIDA EN REALIDAD

En 1948 mi padre mi padre soñó que se encontraba sentado en el andén de la calle frente a su casa dialogando con dos señoras; la primera era doña Sagrario Téllez, que vivía en la vereda de “Mesitas”, la otra era la señora Elisa Barón de Segura, distinguida dama residente en el centro del pueblo; él estaba sentado en medio de las dos mujeres. Dialogaban animadamente, cuando se presentó otra mujer, alta, vestida de negro, con una guadaña en la mano, y tocándole la cabeza a doña Sagrario le dijo:

- *Mañana vengo por usted.* Mi padre alzó la cara para mirar en rostro de la extraña mujer y vió una calavera.
- *Dentro de tres días vengo por usted.* Dijo, señalando con la vara a la señora Elisa.
- *Y dentro de cinco vengo por usted-*, le dijo a mi padre.

Cual sería la sorpresa, cuando al día siguiente, a las dos de la tarde, entró Alfonso Amortegui, a comprar la sal y la panela y mi padre oye en ese momento que doblan las campanas anunciando un muerto. Le pregunto al anciano:

- Quien se moriría?, y el anciano le respondió:
- Pues misía Sagrario Téllez, que murió esta mañana, como a las dos de la madrugada.

Mi padre se quedó tristemente pensativo; pero mayor fue la angustia cuando a los tres días murió la señora Elisa Barón.

Qué podía pensar?. Que a él solo le restarían dos días más de vida; mandó llamar al sacerdote de aquella época, el padre Federico Ibáñez, se confesó y luego se internó en su alcoba; permaneció en su cama aguardando la muerte hasta nos hizo todas las advertencias del caso ante la realidad de este sueño.

Pero este sueño no sucedió exactamente así; mi padre murió el 23 de junio de 1953, lo que indica que no murió a los cinco días, sino a los cinco años, quizá porque la muerte no le importó aclarar la fecha.

UN SUEÑO EN EL INFIERNO

Hace más de cuarenta y cinco años, don Anselmo Niño Espítia tuvo un espantoso sueño; al hacer la narración de aquella horripilante pesadilla dijo:

Soñé que me encontraba en la estación férrea de Albán (Cundinamarca) dialogando con el jefe de la estación; no habían transcurrido unos minutos, cuando sonó la campana anunciando la llegada de un tren; miré a lo lejos y divisé una verde llanura, en la que se veía a gran distancia, el ferrocarril, dejando atrás las verdes praderas, pues se veía correr a gran velocidad. Pronto apareció entrando frente a la estación; era un tren de gran lujo, la máquina locomotora parecía de oro y plata, la campana de un brillo imponente, todos sus vagones se veían nuevos, y al fondo, toda la silletería, desde fuera, podía apreciarse forrada en terciopelo rojo; aquel tren venía atestado de gente de todas las clases sociales; en algunas casillas estaban de fiesta, tocaban, bailaban y cantaban, en otras vi que algunas mujeres lloraban y en otras se escuchaban discusiones, gritos e insultos; todo aquello parecía ser un mundo loco de viaje sin regreso.

Minutos más tarde sonó la campana anunciando la salida, el tren partió y un rato después volvió a verse venir en la misma llanura que había divisado antes; de nuevo apareció en la estación con sus vagones colmados de gente; muchos venían de pie sobre las plataformas; aun me encontraba en la estación hablando con el jefe, cuando lo vi salir; y cuánta sorpresa al verlo venir momentos después, siendo la tercera vez; entonces sorprendido por la curiosidad, quise investigar aquel misterio, y al partir el tren de nuevo me fui caminando por la carrilera sin perderlo de vista; pronto descubrí la trampa; al pasar un puente pequeño, muy cerca del nacimiento del río Síquima, que se hallaba a corta distancia de la estación, vi caer el tren rodando al abismo todos los vagones del lujoso ferrocarril; desde las profundidades se escuchaban gritos y lamentos. Luego vi miles de hombres pequeños, negros y desnudos, todos con una cola como de cerdo; de pronto se acercó a mí uno que parecía ser el jefe. Asombrado ante aquel trágico desastre, le dije:

- *Esta vaina qué es?*
- *Usted no sabe?*
- *¡No!, respondí yo.*
- *¡Aquí son los infiernos!. ¡Venga le muestro!*
- *Pero que tanto hacen esos miles de hombrecillos negros y desnudos?, pregunté.*
- *Esos son demonios que están levantando el puente y colocando de nuevo el tren como estaba.*

Entonces pude observar aquel puente, en cada extremo estaba sostenido por un gran codo de hierro. Al pasar aquel largo y ostentoso ferrocarril, los codos se encogían a modo de un fuelle; entonces ocurría lo que acababa de ver: las casillas o vagones rodaban al abismo con toda la gente y desde allí, se escuchaban amargos sollozos y lamentos tristes. Aquel jefe que parecía ser el capataz, me invito a bajar por unas escaleras, al parecer echas de cemento. Al bajar, encontré un gran patio, desde allí pendían otras tantas escaleras que descendían a otro inmenso patio, en el cual pude ver desde el primero, tres hornos en forma cónica de cuyas bocas brotaban llamas; y vi a

tres personas de pie cubriendo con la espalda cada boca de estos tres hornos, quedando cada uno como una brasa roja y transparente. Conocí a los tres que se hallaban en aquel lugar de tormentos y ellos me conocieron a mí, tan pronto me vieron se alegraron haciendo palmas con las manos, volviendo el rostro hacia los hornos para no ser descubiertos, pero ya los había visto, y les conocí por sus nombres y apellidos; dos de ellos habían muerto años atrás y el otro aun vivía en aquel entonces.

Yo seguí caminando detrás del jefe que iba delante de mí, atravesamos grandes pasillos que daban paso a enormes edificaciones; allí vi inmensos salones colmados de elegantes parejas que bailaban. Yo pregunté a mi guía:

- *Aquí qué es?, y me contestó:*
- *Aquí es dónde vienen a parar todos los bailarines y artistas del mundo; aquí danzan sin tener descanso y su pareja en forma de serpiente lo muerde, lo devora, pero no muere por que su cuerpo esta desecho en la tierra, ésta es la eternidad de los perversos.*

Seguimos internándonos mientras el guía me decía:

- *Aquí todo es igual que en la tierra, todo lo mismo, con las mismas clases de gente. Más adelante vi una llanura y miles de mujeres sentadas a orillas de un arroyuelo; todas se estaban peinando; pregunté al jefe que hacían aquellas mujeres, y me contestó:*
- *Estas son todas las que se negaron a tener hijos en el mundo; cada pelo que cuelga de sus cabezas es una serpiente, que con agudos colmillos esta corroyéndoles el cráneo.*

Seguimos caminando, internándonos por inmensos pasillos con grandes salones a los lados; en algunos se veían lujosas camas adornadas de cubrelechos en rojo satinado y libidinosas rosas con todo su esplendor; yo volví a preguntar que significaban aquellos lugares y mi guía contestó:

- *Este es el sitio que ocupan todos los lujuriosos de la tierra; aquí su pareja es un dragón infernal en forma humana, que lo abraza, lo muerde, lo devora, lo asesina, pero jamás despertará de este tormento por que su cuerpo quedó en el mundo.*

Salimos de allí y vi ante mis ojos grandes edificaciones, todas de ladrillo, a manera de una ciudadela, de pronto asomaron grandes partidas de burros, todos con sus angarillas llenas de ladrillos, a lo cual pregunté:

- *Y estos burros qué hacen aquí?*
- *Pues estos son todos los trabajadores del mundo que roban el tiempo a sus patrones aquí vienen a trabajar por toda la eternidad.*

Luego me dijo:

- *Aquí también hay lugar para los ricos, hacendados, empresarios y comerciantes, que no supieron dar, sino recibir, los que pasaron su vida llenos de ambición y egoísmo, dónde la envidia se bebe sorbo a sorbo.*

Caminamos más por entre grandes edificios y oscuros callejones cubiertos de enormes arañas y alacranes, mi jefe decía:

- *Debes ir con gran cuidado, pues estos animales que ves, son tantas otras almas que por su terquedad y obstinación, se niegan a cumplir el pacto que hay en la tierra entre Dios y el hombre.*

Anduvimos algo más, y asombrado al ver tantas construcciones pregunté:

- *Para que tantas edificaciones? Y mi guía respondió:*
- *Es que estamos construyendo un infierno nuevo por que en el viejo ya no caben más almas.*

Seguimos internándonos y vi como en una larga avenida, extensos y largos mostradores de madera, con totumas, todo sin estrenar, y detrás, grandes barriles llenos de bebidas embriagantes, a lo cual pregunté:

- *Y aquí?*
- *Aquí es para los borrachos: por ejemplo usted muere en estado de embriaguez; el sitio que le corresponde es este.*
- *Venga!,- me ordeno.*
- *Siéntese aquí!. Y tomándome por los brazos de un empellón me sentó sobre una silla colgante, sostenida por dos fuertes poleas de lazo, a la vez que bajó un gancho de hierro por otra polea, y cogiéndome del pelo, me echó la cabeza hacia atrás y dijo:*
- *Supongamos que usted muere borracho y le correspondió este lugar, entonces aquí usted siente una sed devastadora, usted llora, grita, suplica, clama por favor que le den una gota de agua, en el momento que le alcanzan el recipiente lleno de plomo hirviendo, que es lo que hay en esos barriles que acaba de ver. Imagínese qué tormento será el de aquellas gargantas alcohólicas!.*

Somos millones de demonios los que andamos por el mundo, pero a cada uno nos corresponde una misión; traer el mayor numero de almas a este lugar, pues existe una guerra declarada entre el bien y el mal, entre la paz y la destrucción, nosotros llevamos la segunda parte, en la cual la magia de Satán, tenemos el triunfo; por ejemplo: si a usted le gustan las mujeres, yo soy la tentación para que las vea más hermosa y atractiva, así caerá en mi trampa.

También me explicó acerca de los que hacen pacto con algún demonio, para tener suerte en algunos negocios o en juegos de azar. Yo pregunté:

- *Si estos tuviesen suerte, serían ricos, pero acaso no son pobres?*
- *No todos,- respondió mi guía-, lo que sucede es que se encuentran con un espíritu pobre, el cual carece de esta facultades.*

Después de este dialogo me señaló unos estanques con aguas de diferentes colores, y allí también se oían gritos y lamentos de almas castigadas por distintos pecados; luego continuó diciendo:

- *Si quieres salir de este lugar tienes que pasar por el filo de estos estanques sin caerte.*

En aquel sueño recordé que era devoto de la Virgen del Carmen y colocando el santo escapulario entre mi boca, comencé a caminar tambaleándome como trapecista sobre una cuerda, hasta llegar al extremo de los estanques.

Tan pronto salí de allí, vi un inmenso portón de hierro, que se abrió automáticamente, hallándome en la calle de piedra que estaba a pocos pasos de mi casa. Cuando desperté comenzaba el amanecer de un nuevo día.

UN SOÑADOR

Hace muchos años conocí un campesino, Carlos Naranjo, trabajador de nuestra finca; contaba que le tenía miedo a soñar, pues todos los sueños para él, eran una realidad.

- Cuéntenos algo, le dije un día.
- *Pues vea señorita, el primer sueño fue así: yo me encontraba en mi cama, aún no eran las cinco de la mañana cuando mi mamá me llamo desde la cocina a tomar café; en aquel momento estaba soñando que a unos pocos metros detrás de la casa, había encontrado un nido de gallina con catorce huevos y siguiendo otros pasos por entre un cafetal, hallaba un hermoso racimo de plátano dominico.*

Cuando mi mamá llamó de nuevo, me levanté, me puse la ruana y le dije:

- *Madre, guárdeme el café que ya vuelvo, no ,me demoro.*
- *Qué vas a hacer?*
- *Una cosa, le dije; acto seguido me dirigí al sitio que acababa de ver en el sueño y efectivamente encontré los catorce huevos y más abajo encontré el racimo de plátanos maduros, algunos ya comidos por los pájaros. Recogí los huevos en el canto de la ruana y como había llevado mi machete, corté el racimo y regresé a la casa sorprendiendo a mi mamá, al ver que el sueño estaba a la vista.*

Un mes después soñé que iba para la montaña a trabajar en mi huerto, que tenía en compañía con un amigo. Al salir a la cuchilla del cerro, vi que venia por el camino don Domingo González, el dueño de esas tierras, con su caballo de cabestro y una carga de pasto. Me saludaba muy atento y me ofrecía un negocio en el que, según mis cuentas me ganaba 40 pesos. Después se alejaba con una alegre sonrisa.

Bueno, pues todo me salió al pie de la letra: veinte días después tuve que ir a la montaña y cuál sería mi sorpresa cuando en el mismo sitio que había soñado, vi que venia don Domingo con su caballo cabestro y la carga de pasto; me reí pensando que aquel encuentro, me iría a proponer algún negocio, y cierto:

Al encontrarnos cara cara, después de saludarme atentamente, me dijo:

- *Imagínese don Carlos que tengo una demanda en Viani y no tengo un peso para ir al pueblo; si usted pudiera hacerme el favor de prestarme veinte pesos, se lo agradezco mucho; yo le vendo si quiere una carga de café en verde para pagarle.*

Acepté la propuesta de mi amigo y le entregué los veinte pesos.

Dos meses después recibí el café en verde, lo puse a secar al sol en el patio de la casa y cuando estuvo listo, lo puse en venta y me ofrecieron por el, sesenta pesos. En eso lo vendí. Así fue como me gané los cuarenta pesos que según el sueño, yo me iba a ganar en este negocio.

De varios sueños que flotaron a la realidad tuvimos testimonio.

Un domingo en la mañana, llegó a nuestra casa don Carlos, saludó con los buenos días y luego dijo:

- Señorita Inés, vengo a pedirle un favor.
- Cual será, le respondí.

- Pues anoche soñé que mi hermana Carmen había venido; en el sueño la vi venir acompañada de dos señoras. Eran tres mujeres que bajaban por este potrero, como a las tres de la tarde. Esto se lo cuento por si acaso llega a ser verdad. Cuando ella se fue del hogar yo tenía doce años.
- Y cuantos años tiene don Carlos ahora?
- Tengo veintiséis.
- Entonces hace catorce años que no ve a su hermana?
- Así es señorita, es por eso que le pido ese favor, de estar con el cuidado de observar, por que hoy tengo que ir a la vereda de Cañadas a traer una arroba de miel.

Aquel domingo no salí a ningún lado con el fin de saber si aquel misterioso sueño podía resultar verdad o una falsa ilusión. Estuve pendiente mucho tiempo, más cuando se acercaban las tres de la tarde, vi que tres mujeres asomaron al filo de la cumbre del potrero, dónde pastaban las bestias de nuestra finca.

Salí al encuentro y las esperé en la puerta o talanquera que aseguraba la salida de los caballos; cuando estaban cerca de mí, reconocí a la hermana del soñador por su gran parecido físico, les di un saludo de bienvenida y les anticipé el sueño de su hermano hecho una viva realidad.

Una vez tuvo un sueño relacionado con mi familia.

Sueña que viaja a Bogotá y en el pueblo de Albán, se encuentra con don Pedro Niño (mi padre), ayudándolo a llevar un enfermo y acompañándolo a tomar un coche para llevar el enfermo al hospital de Facatativá.

Aquel humilde campesino fue aumentando su fe en los sueños y todo le salía bien. Pero los años transcurrieron. Quince años pasaron hasta que una noche, soñó que lo atracaban en su propia casa y a los ocho días de aquella pesadilla, fue asesinado mientras dormía en su propio rancho. Un señor paisano suyo me lo contó, dijo que lo habían matado cuando dormía en su propia cama.

Ante esta triste verdad no podríamos afirmar, que los sueños, sueños son.



GUAYABAL DE SÍQUIMA

Hace más de doscientos años, Guayabal fue un pueblo indígena, ocupado por los Panches; antes de 1840, se llamó *La Concepción de Síquima*. La aldea estaba compuesta por humildes ranchos de paja con paredes de bahareque y guadua y una capilla dónde celebraban los ritos ceremoniales. Ahora en nuestros días este lugar lo habita “ La Gran Casona” de la hacienda Gómez, propiedad de esta familia.

A partir de 1846 el pueblo fue trasladado al sitio que hoy ocupa la población; se le llamo Guayabal por que existía una hermosa arboleda de guayabos y Síquima para llevar la memoria del cacique que comandaba esta región. Quizá una de las razones más claras, que obligaron al pueblo, fue la sequía que se presentaba en los fuertes veranos, debido a que el río no se encontraba cerca para el aprovechamiento del agua.

Guayabal está situado en un pequeño valle, rodeado por los cerros de Picacho, el Palmar, Talivo y el Encanto. Es un pueblo pacífico y acogedor por la sencillez y amabilidad de sus gentes, humildes y trabajadoras; en el campo se dedican al cultivo del café, la caña de azúcar y el maíz, que son su mayor fuente de producción, Los caminos que conducen al interior de sus veredas, ahora convertidos en carreteras, nos ofrecen los más lindos paisajes, surcados de bosques, arroyuelos y pájaros que cantan desde el amanecer hasta el ocaso. Mientras el sol se apaga en las montañas, las sombras comienzan a cubrir los campos y empieza allí, el canto de las aves nocturnas, los grillos y las ranas. Entonces aquellas casitas de campo, rodeadas de jardín, pavos y otras aves de corral, comienzan a prender sus luces y encender sus chimeneas, para cenar mejor en la cocina o tomar una taza de café y conversar armoniosamente acerca de los trabajos cotidianos.

En los atardeceres de los sábados los campesinos preparan sus mercancías para salir al pueblo el domingo en la mañana. Salen con sus mulas o caballos, llevando sus cargas de panela , café y maíz, hasta los sitios carreteables para trasladarlas al mercado de los municipios vecinos más cercanos tales como: Bituima, Villeta, Sasáima y Albán. Desde comienzos del siglo XX, la gente de esta región conserva una tradición muy particular, que consiste en dedicar el martes para viajar a la capital de la republica y principalmente a Facatativá, ciudad más cercana y cabecera de la provincia. Allí se produce el más grande encuentro para las ventas de ganados, productos agrícolas y demás negocios.

Políticamente es un pueblo conservador. Tan azul, que en la época que se aproximaba la presidencia del doctor Laureano Gómez, fueron anuladas las elecciones en este pueblo, por no haberse encontrado ni un solo voto liberal.

Hace más de cincuenta años Guayabal de Síquima estaba compuesto por unas sesenta casas de adobe y esterilla de guadua, la mayoría construidas en tapia pisada o barro

simple, con paredes tan gruesas hasta de un metro, pues esto ofrecía la mayor seguridad para sus moradores. Todas estaban pintadas de blanco y sus puertas de madera barnizadas de color verde o azul formaban un bello conjunto, con sus dos calles de piedra, en las cuales se notaba el estilo de la época colonial Española.

En ningún rancho faltó el olor del pan de maíz, lechonas y otros amasijos, por que sus moradores se preocupaban por tener un horno de barro en forma cónica; éste se calentaba quemando en su interior una carga de leña, luego lo barrían con una escoba de ramas y quedaba listo para echar el pan.

Como no recordar los ricos merengues, cocoteros y colaciones que hacía nuestra vecina, la señora Emelina de Jiménez, o los pasteles, mantecadas y pan de yucas de doña Clementina Pérez.

Nunca olvidare que el matrimonio de don Luis Jiménez y doña Emelina sirvió como el un bello ejemplo para mí, en el campo de sus anhelos y aspiraciones. La señora Emelina fue una mujer elegante y dinámica en sus labores cotidianas, un poco de mal humor, pues quería hacer las cosas a la velocidad del rayo; le criticaba a su esposo su extrema paciencia, y a pesar de su estrechez económica, logro que sus siete hijos llegaran a ser profesionales, gracias a su hermano el doctor Fonseca, quien en aquella época era dueño de una casona en el barrio las cruces, en la ciudad capitalina.

Antes de morir, doña Emelina logró ver realizados sus sueños dorados. Asistió a la ordenación como sacerdote a su hijo Francisco y a la celebración de su primera misa y vio a Juan, otro hijo suyo quien viajó a Corea como medico oficial del Batallón Colombia. Estuvo en Jerusalén y Belén, pueblo natal de Jesús Cristo nuestro salvador.

Siguiendo el ejemplo de doña Emelina, trabaje al lado de mi esposo Jesús Alberto Acosta durante treinta y cinco años, con mucho amor y entusiasmo, para sacar de mis diez hijos diez profesionales. Más no la tarea cuando el 8 de junio de 1984 murió mi marido víctima de un cáncer de hígado. Así que entre en llantos, amargura y desolación, seguí luchando por mis dos hijos menores, implorando al todopoderoso me prolongara los años de vida para cumplir mi misión.

Si analizamos el nacimiento del pueblo, podemos afirmar que éste cuenta con algo más de ciento cincuenta años. En sus comienzos como se dijo anteriormente, se llamó la Concepción de Siquima. Aún en nuestros días figura en los registros parroquiales su antiguo nombre: “En la parroquia de la Concepción de Siquima, etc. etc.

El río que baña gran parte de la población lleva como grata memoria el nombre del cacique que ocupó esta región, por tal razón se llama el río Siquima.

Guayabal no tiene títulos de propiedad sobre sus terrenos; pues se cree que en aquellos tiempos los indígenas fueron desalojados de sus tierras, y cada quien se tomaba la tierra hasta dónde se pudiera colocar cercas de alambre. Así se formaron los grandes terratenientes y con el paso llegaron a ser las más ricas familias. Muchos se distinguieron no solo por sus riquezas, sino por su talento, su inteligencia y poder. Más

adelante les hablare sobre las familias que fueron y que han sido objeto de respeto, admiración y ejemplo para nuevas juventudes de nuestro tiempo.

En los primeros años del siglo XX, el correo se llevaba a lomo de mula desde el municipio de San Juan de Río Seco hasta la ciudad de Facatativá. Allí acudían las gentes de los pueblos vecinos, ofreciendo sus productos agrícolas y regresando luego con sus provisiones a casa, contando historias, cuentos y chistes para aligerar su larga jornada de camino, pues en aquella época los campesinos tenían que recorrer todo el trayecto a pie o a caballo.

El terreno del casco urbano que hoy ocupa esta población fue donado por el señor Roque Guzmán, padre de Francisco Guzmán y éste a su vez padre de don Miguel Guzmán a quien alcancé a conocer.

Hay que anotar que don Miguel fue uno de los más grandes terratenientes que se conocieron desde 1920 hasta 1950. Todas sus tierras han sido conservadas por sus herederos, que a través del tiempo han pasado de generación en generación.

En 1951 cuando Miguel Guzmán agonizaba en la ciudad de Facatativá sucedió algo muy extraño en Guayabal de Síquima; la campana más grande del campanario dobló sola por tres veces. Me levanté sorprendida, al igual que otras personas, miré el reloj y éste marcaba la una y cinco minutos de la madrugada. Don Miguel Guzmán acababa de morir. A esa hora tan silenciosa casi toda la gente dormía, pero los moradores del pueblo sabíamos que don Miguel Guzmán había donado esa campana para el templo de Dios.

Éste señor también obsequió el reloj que se encuentra en lo más alto de la torre.

Guayabal está compuesto por once veredas; algunas de estas, llevan el nombre de los jefes indígenas como recuerdo de sus antiguos moradores. Los nombres de las veredas son los siguientes: Picacho, Roblegal y San Rafael que colindan con el municipio de Albán; por el occidente, Pajonal, Pueblo Viejo y Manoá que colindan con el pueblo hermano de Bituima; por el norte con las veredas de Trinidad, Torres y Mesitas y por el sur las veredas del Trigo y Chiniatá, que se avecinan con Anoláima.

Para comunicar entre sí a los pueblos vecinos, hace más de cuatrocientos años se construyeron amplios y hermosos caminos formando anchas calzadas de piedra, cuyos vestigios perduran hasta nuestros días y a los que se les dio el nombre de camino real, lo cual nos hace pensar que por estos senderos, transitaban los virreyes de España y su comitiva cuando era necesario viajar a Santa Fe de Bogotá.

Entre cultivos de mayor importancia, desde los colonos hasta nuestros días, apreciamos el café, el maíz, la yuca y el plátano, que han constituido la mayor fuente de nuestra alimentación. El maíz merece nuestra especial atención ya que de éste cereal se preparan ricos y variados platos, tales como famosos tamales santafereños, hechos a base de maíz, arroz, trozos de carne de cerdo y pollo, adornados con cebollas, zanahorias y perejil. Son muy variadas las comidas que se extraen de éste precioso

cereal, como los buñuelos de mazorca, las arepas y la mazamorra, principal plato de los Antioqueños. Y que decir de la chicha! La tradicional bebida de nuestros antepasados, que aún perdura en nuestros días. Guayabal fue uno de los pueblos bebedores de éste líquido embriagante, hoy remplazado por la cerveza.

En los meses de julio y agosto ha sido costumbre celebrar las ferias y fiestas populares, comenzando por la feria de animales. Todos los habitantes desde los rincones más lejanos, acuden a la plaza con sus ganados, para llevar a cabo sus negocios de compra y venta.

Con gran despliegue de alegría se ven las cabalgatas desfilando por las calles principales, y una multitud de niños corriendo tras la banda que ameniza estas tradicionales fiestas; se ven también las niñas quinceañeras luciendo lo mejor de sus vestidos con sus caritas alegres y sonrientes, esperando ser invitadas al gran baile popular amenizado por alguna orquesta, o por la banda contratada de algún pueblo cercano.

Guayabal ha conservado sus tradiciones sociales, políticas, religiosas y culturales, a pesar de los sesenta y ocho kilómetros que le separan del frío de nuestra capital. En esta región se goza de un clima formidable, su clima oscila entre 18° y 20° centígrados, teniendo en cuenta que en los montes más altos, como son los de las veredas de Picacho, el Trigo y San Rafael, encontramos un clima frío; pero si bajamos a las veredas de Manoá y Torres, disfrutamos de temperaturas más agradables; es así que por la variedad geográfica de su territorio gozamos la diversidad de su clima.

Las carreteras que conducen del pueblo hacia el interior de sus veredas, han sido fruto del empeño de sus líderes políticos, entre los cuales destacamos, en primer lugar, al doctor Jaime Santos Salgado, Pompilio Gamboa, Carlos Días, Virgilio Lara y otros más.

Es preciso informar a quien leyere, que Guayabal de Siquima ha sido cuna de importantes personajes. Si conservamos algunos recuerdos que hacen la historia de nuestro municipio, podemos resaltar la memoria de notables y distinguidas familias; el general José Isaías Gamboa, a quien se le llamó “El héroe de la Pedrera”, fue un gran militar que luchó al lado de otros Siquiminos en la frontera Colombo-Peruana, obteniendo la victoria allá por los años de 1928. Murió en Guayabal de Siquima el 22 de septiembre de 1932. Su retrato se conservó por muchos años en el salón del consejo municipal. Sus hijos son gente muy respetables: su sobrino Pompilio gobernó su pueblo durante 18 años como personero municipal; durante su administración se dio comienzo al desarrollo progresivo: se construyeron varias escuelas, se demolió la antigua casa municipal y se indicó la construcción de la actual casa de gobierno. Como recaudador trabajó durante algo más de diez años hasta obtener su pensión. Sus hermanas, doña Nohemy G. Vda. de León, y Tila G. Vda. de Romero, se distinguieron no por su cultura, sino por que fueron espejo y modelo de muchas señoritas, de señoras y de viudas, dejando en éste un bello ejemplo en el sentido religioso y cultural que hoy en nuestro tiempo es digno de admirar.

Entre las gratas memorias de nuestro tiempo están las obras de gran magnitud que nos dejó la distinguida dama Susana Salgado de Santos (Mayo 15 de 1880- Septiembre 5 de 1985), con mente creadora y espíritu cívico, trabajo y luchó por más de medio siglo hasta lograr la terminación de varias obras; obsequió el terreno para la construcción del puesto de salud, ayudo a dirigir la obra hasta dejarla en completo funcionamiento. Podemos mencionar que nuestro puesto de salud, es uno de los mejores del departamento de Cundinamarca, con médico y enfermera permanentes.

Como presidenta de la Junta de Acción Comunal, inicio e impulsó la construcción del colegio “Marco Fidel Suárez”, que dejó funcionando hasta el cuarto año de bachillerato. En tantas otras obras están sus recuerdos, sus grandes méritos y su amor por Guayabal.

En gratitud y cariño a sus grandes esfuerzos, los habitantes de éste municipio deberíamos honrar su memoria en el mármol, ya sea con un obelisco o un busto en el parque principal. Su esposo Julio Cesar Santos fallecido hace más de 25 años, fue uno de los fundadores del Hipódromo de Techo de Bogotá; sus hijos fueron personajes ilustres, como el doctor Julio Eduardo Santos, quien fuera uno de los fundadores de la Universidad la Gran Colombia, perteneció a las directivas de la misma, y su hermano el doctor Jaime Santos a quien debemos gran parte del progreso y la buena marcha de esta región. Fue secretario del ministro de agricultura hace varios años y más tarde ocupó una curul en el senado de la república.

En el campo de la política fue para muchos de los habitantes nuestro personaje favorito, trabajando por la causa del doctor Álvaro Gómez quien más tarde fue vilmente asesinado en Bogotá, enlutando nuestra patria Colombiana.

Desde 1970 hasta 1984, Jaime Santos Salgado obtuvo el triunfo electoral en Guayabal de Siquima; desde entonces éste municipio tomó un impulsó progresivo: se dio comienzo a varias obras como la terminación de la casa municipal, la pavimentación de las calles principales, siendo alcalde en ese entonces Jesús Alberto Acosta.

En este periodo se le dio marcha al colegio “Marco Fidel Suárez”, el cual contó para su inauguración, con la presencia del gobernador del departamento el doctor Diego Uribe Vargas. De igual forma, en este periodo se terminaron las obras de algunas carreteras, entre las cuales está la troncal principal que comunica a Guayabal de S., Bituima, Vianí y San Juan de Río Seco con nuestra capital.

No podemos olvidar que en aquella época, bajo la administración del doctor Enrique Rueda Riveros, gobernador del departamento de Cundinamarca, quien visitó nuestro municipio días antes de abandonar su cargo, fue donada una partida de siete millones de pesos con el fin de construir una plaza cubierta con sus respectivas galerías y una cancha de futbol, lo cual no fue posible realizar, ya que estos dineros fueron trasladados para la terminación de colegio, obra de primordial importancia para sus habitantes. Es importante recordar que el colegio “Marco Fidel Suárez” fue fundado en 1970. Grandes

colaboradores fueron el señor José H. Gaitán y el señor Obdulio Parra. Los dos primeros años funcionó como colegio municipal, trabajó como rector el reverendo padre Florentino Agudelo, sacerdote de la parroquia de esta época, a quien se le debe quizás la idea original de la creación de éste plantel; como profesores se encontraban Mercedes Lobo, Aura María de Castro, Eduardo Arevalo y otras personalidades. Gracias al esfuerzo de estas personas, se logro superar la crisis de dicho plantel y sacar a flote el colegio siendo en la actualidad uno de los mejores de la región, pues cuenta con la aprobación oficial hasta el sexto grado de bachillerato, funcionando como colegio departamental.

Todos estos logros se consiguieron a través de la influencia política de los líderes de éste municipio.

Después del primer grupo de profesores, a quienes se les merece una profunda gratitud, recuerdo con particular aprecio al doctor Enrique López quien desde sus comienzos trabajo como rector del colegio departamental durante varios años.

El centro del municipio o zona urbana esta ocupada por diversas familias de costumbres cristianas, entusiastas en sus trabajos, generosas y hospitalarias, razones por las cuales se respira un ambiente de paz y tranquilidad en éste rincón campesino.

Para quien escribe estas líneas es grato recordar las familias y los personajes que han ocupado uno de los primeros lugares en el marco de la cultura y civilización de nuestra provincia. Así he de mencionar a uno de los más importantes personajes de nuestra época: Nuestro poeta y escritor fallecido en 1974, don Samuel Bernal Gamboa. No solo se apasionaba por los libros y la poesía, también por el teatro. Es así como recordamos muchas celebraciones religiosas, tanto navideñas como de semana santa, con personajes en vivo, lo cual enriquecía las celebraciones que él organizo tantas veces.

En las festividades del Corpus Cristi, antes de asistir a los cultos religiosos, los campesinos acostumbraban traer desde el día anterior, una variedad de frutas y cereales (lo mejor de sus cosechas) que luego colocaban en lo alto de la plaza, como formando árboles, adornados con animales de caza, algunos en jaulas, otros atados con cuerdas, a los que don Samuel Bernal, con gracia y humor, les acomodaba algunos versos, para divertir a la gente.

Dentro del lenguaje poético, contaba la historia de tales bichos, de cómo eran sus cuevas o madrigueras, de quien los había capturado y el por qué estaban allí ante el publico en medio de la plaza. Lo hacía con tal gracia e ironía que en cada historia involucraba a alguno de los allí presentes.

Así, se cuenta que a un cuervo pequeño lo habían cazado para adornar la tarde de un jueves de Corpus, y don Samuel Bernal aprovecho para escribir los siguientes versos:

Soy el chulo más atento
En no decir disparates
Y tengo un arrendamiento
en tierras de Rafael Nates.

Don Samuel se dio la traza
De agarrarme del plumón.
Y un tal Silverio Pedraza
También corrió de lambón.

Mi camisa es de astracán
Mis guantes de piel de perro
Brinco como Luis Gaitán
Corro como Eustorgio Fierro.

A fregar ene elecciones
Y después Samuel Bernal
Aguanta los refregones.

Yo compro café en Manoá
Y pienso con alegría
Pegarme a Rafael Gamboa
Y Antonio García.

Me alejo con alegría
Y con grande mococoa
Besos a Rafael Segura
Y a don Álvaro Gamboa.

Estos versos datan del año 1940, los cuales como una ráfaga de luz han llegado a mi memoria. Por aquellos días alguien consiguió un runcho (nombre común de la Zarigüeya), al cual don Samuel le improviso los siguientes versos;

Yo vivía en Sináí
Entre una besucada
Quien descubrió mi vivienda
Fue el chino Gustavo Lara

A Síquima me trajeron
Como a cualquier asqueroso
Y sin piedad me vendieron
Al patojo del Juan Rozo.

Y aquí estoy preso todavía

Sin encontrar un fiador
Dónde andará don Pompilio,
Virgilio o Pescador.
Yo vengo aquí a Guayabal.

HISTORIA RELIGIOSA DE GUAYABAL

Haciendo un recorrido por el sendero del pasado, sólo el recuerdo constituye una realidad afectiva ya que éste representa nuestra única herencia.

La vida es un arado cotidiano detrás del cual van quedando los surcos del recuerdo. A ellos volvemos por que al vivir vamos regando las semillas de nuestras acciones y no podemos librarnos de la puntualidad de su cosecha.

Si recordamos la historia religiosa de nuestros antepasados en Guayabal de Síquima, es preciso anotar sus memorias, especialmente la de los párrocos que alcanzamos a conocer mediante algunos datos e informaciones.

Desde 1903, hasta 1927 dirigió la parroquia el padre Agustín Mora, a quien toda la gente saludaba con el título de doctor. Por su aspecto riguroso, su genio imponente y su piel morena, parecía llevar consigo el origen de una raza no muy lejana de un pueblo indígena. Era El Doctor Mora un sacerdote valeroso, enérgico. De él se recuerda un curioso refrán que en su tiempo pronunció desde el púlpito:

De todos los animales
Cuatro son testarudos
Las gallinas, los marranos
Las mujeres y los burros.

Así como esta, otras tantas anécdotas sobre el doctor Mora, llegan a nuestra memoria. Veamos lo que contaban los ancianos que vivieron aquella época, allá por los años de 1925.

Don Eustorgio Fierro, un respetable comprador de café y prestamista (pues le sirvió a más de medio pueblo con sus préstamos a bajos intereses), cierto día al hacer la memoria del padre Mora, soltó una risa bromista y dijo:

- Hola Inés, quiere saber algo más del cura Mora?. Éste sacerdote dejó una tradición que aún esta vigente en la actualidad. Cuando el templo tenía el piso de puro suelo y a las viejas se les arrastraban las enaguas, éstas tenían que pararse a sacudirse las faldas. Las más encopetadas llevaban un catre de pana o terciopelo para sentarse. Un domingo dijo el doctor Mora:
- Señores tengan la bondad de sentarse a la derecha y las mujeres todas ala izquierda. Y cuando salía del altar para recoger la limosna, recuerdo que llevaba un bolso de pana rojo colgado de una caña delgada y cuando pasaba por el lado de las mujeres se colocaba un pañuelo blanco en la nariz.

Así que don Eustorgio Fierro cuando almacenaba café, almacenaba curiosos recuerdos, que guardaba para lucirlos en sus ratos de descanso. Me acuerdo, - continuó diciendo -que en aquella época la confesión de los feligreses valía dos centavos. Pero la historia más curiosa es esta:

Un sábado por la tarde se acercó a la casa cural un campesino, José María Poveda y quitándose el sombrero en señal de reverencia, saludo al sacerdote diciéndole:

-Buenas tardes mi amito!

-Que tal José!

-Vengo a traerle los diezmos y la primicia.

-Cuanto traes?

.Diez centavos, mi amito.

-Diez centavos? Anda, trágatelos en mogollas y chicha.

-Bueno mi amito!, contestó José María y saliendo de allí se fue a la chichería de doña Soledad Bernal a gastarse los diez centavos en pan y chicha como le ordeno el doctor Mora.

-Buenos días misia Soledad!

-Buenos días José!

-Véndame, señora, una totuma con chicha y una mogolla, porque el doctor Morita me mandó a que gastara los diez centavos del diezmo en pan y chicha, y yo le hago caso; así dure toda la semana bebiendo, no regreso a mi casa hasta que se me acabe el último centavo.

Así que los diez centavos le alcanzaron para varios días de plena borrachera.

-

UNA DEMANDA EN LA CASA CURAL

A doña Eladia de Velásquez; le sucedió que una de sus hijas se fue del hogar en silencio, sin permiso de su madre, lo cual dio lugar a pensar que algún joven la hubiese convencido de irse a la ciudad de Bogotá, sin saber de su suerte.

Las dudas cayeron sobre Pedro Anselmo Niño, un joven de veintidós años, a quien días antes lo habían visto coqueteándole a su hija.

Doña Eladia creyéndolo un don Juan, montó en cólera y con grandes sollozos llegó a la casa cural, en busca del párroco, el doctor Agustín Mora, pues el sacerdote en tales casos de chisme, tenía que hacer las veces de juez e impartir la absolución o el castigo a quien lo mereciese.

Ante la demanda de doña Eladia, el padre Mora mandó llamar al joven Pedro Anselmo y cuando estuvo en su presencia el joven lo saludo diciéndole:

-Buenos días doctor! Me mando llamar?

-Si como no! Te mande llamar par que confieses dónde tenéis la muchacha de esta señora, que tú la robaste.

Acto seguido un ramal de rejo para amenazarlo, pero don Pedro, colocando la mano sobre su revolver dijo:

-Atrévase doctor! Pero no respondo de las consecuencias. A los perros es que se amenaza con fuate! A un hombre no! Y volviéndose hacia su acusante le dice:

-Y usted doña Eladia, infórmese bien y después informe al padre. Vaya averigüe a mi compadre Tomás Niño que fue quien le consiguió un trabajo en la casa de la familia Santos en Bogotá y no crea usted que yo me la llevé.

Ante esta confesión, el padre Mora llamo a José Rocha, el sacristán y le dijo:

-José, tráeme un vaso con agua.

José obedeció y al instante regreso con el agua, y el cura le dijo:

-Déjalo sobre el escritorio.

Luego le ordena a Eladia que riegue el agua en el piso. La mujer obedeció y e padre le dice:

-Ahora recógela y la colocas en el vaso. Pero Eladia avergonzada responde:

-Pero como la voy a recoger?

-Pues, cómo le vas a devolver la honra que le quitaste a éste señor? Vete a traer a tu hija y déjate de embustes.

Éste sacerdote dirigió la parroquia de Guayabal durante veinticinco años. Después llegó un Español, el padre Lucio Diez que duró unos dos años. Lo sucedió el padre José Antonio Rodríguez que muy pronto fue cambiado por el padre Rubiano, quien con lágrimas en los ojos profirió una maldición sobre una de las familias más distinguidas del pueblo a raíz de haber sido ultrajado por malos entendidos. Luego vino el padre Manuel María Pérez quien duro menos de un año.

Éste fue reemplazado por el reverendo Obdulio Chala quien fue cambiado en 1934 por el padre español Nicolás Salgado, quien estuvo el frente de la parroquia durante once

años. Éste sacerdote fundó varias congregaciones como “Hermanos de San José”, “Hijas de María”, “Hermanos del Sagrado Corazón de Jesús”.

Con la obligación de confesar y comulgar todos los primeros viernes de cada mes; mando construir la capilla de la Virgen del Carmen, la capilla del cementerio, y el piso del templo que antes era de tablas lo mandó baldosinar; también mandó cambiar el techo del templo que en esa época era de esterilla de guadua, lo hizo cubrir de lámina.

Después el padre Nicolás llegó el doce de octubre de 1946, el español reverendo padre Dionisio Carujo, quien fue ala gerencia de la flota “América” a pedir el servicio de buses para Guayabal.

Por primera vez entraron en ruta los buses de la “America”, después el “Rápido Cundinamarca”, más tarde la flota “Santa Fe”, y por último la flota “Ayacucho” y “la Andina” que duro muy poco.

A mediados de 1949 se fue el padre Dionisio, siendo reemplazado por el español Federico Ibáñez, enviado por el reverendo padre Nicolás Salgado, siendo en aquella época el superior de la comunidad de los padres Agustinos en Bogotá.

Pocos años después el padre Nicolás, en una de sus visitas que hizo a Guayabal, dijo a la gente que lo escuchaba: *“Porqué quiero mucho a Guayabal y lo llevo en mi corazón, les voy a mandar a Federico; es un joven que va a recibir la primera parroquia; éste tiene una voz tremenda; si no escuchan a Federico no escuchan a nadie”*.

Siete años estuvo éste sacerdote dirigiendo la parroquia, siendo uno de los más fervientes apóstoles del sagrado Corazón de Jesús. Conservó en vigencia todas las prácticas que dejó el padre Nicolás y organizó otras como la adoración al Santísimo Sacramento, con una visita de media hora, la cual se repetía durante todo el día por periodos de dos horas hasta las seis de la tarde. Estableció hora santa cada mes, nutrida de numerosa concurrencia de feligreses. Organizó grandes romerías a Boyacá y en una ocasión a Zipaquirá en peregrinación a la catedral de sal. En aquella época se hicieron frecuentes los retiros espirituales realizados a la casa de Jesús Redentor (Avenida 1 de mayo) en Bogotá.

Durante su permanencia en Guayabal, ni un sólo día dejó de ocupar el confesionario para absolver a sus feligreses, antes de la misa y después del rosario. Así como hacía estas costumbres cotidianas en la iglesia, así también hacia un recorrido por el pueblo, casa por casa, invitando al rezo del Santo Rosario.

Sus momentos más alegres, consistían en salir al campo montando un hermoso caballo con el fin de visitar los enfermos y administrarles el sacramento de la penitencia. En todas las veredas del municipio celebró misa y bazares para embellecer la casa cural y el atrio de la iglesia.

En 1945 se inauguró ducha obra embelleciendo el frontis de atrio con cuatro hermosos faroles, esta obra fue dirigida por el reverendo padre holandés José Rámaguez de la comunidad moforsiana en Colombia.

A lo largo del tiempo y de nuestra vida, vamos almacenando tantos recuerdos que bien podríamos hacer una biblioteca de cuanto llega a nuestra memoria y nuestra

imaginación. Tanto cariño se le profesaba al padre Federico Ibáñez, que le apodaron : “El Papa Chiquito”.

El padre Federico partió de Guayabal el 17 de julio de 1956. El pueblo estaba celebrando sus tradicionales ferias y fiestas de plaza, anteriormente ubicadas frente de la iglesia; cuando salió al ruedo el segundo toro, entonces el padre, que se hallaba mirando desde el campanario, bajo y salió por el solar de la casa cural dónde un carro lo esperaba. Sin embargo como había tanta gente, muchos se dieron cuenta de su partida y lo despidieron llorando, mientras en la plaza echaban cohetes, cumpliéndose lo que el mismo había predicho años atrás, un domingo desde el pulpito: Que el día que se fuera unos llorarían y otros echarían pólvora, lo cual así sucedió. Como recuerdo grato, nos dejó varias obras, entre ellas la capilla de Sagrado Corazón de Jesús y la casa cural con un bello frontis que cubría casi media manzana. A este sacerdote tan apreciado lo reemplazo el padre Luis Monroy hasta 1957, y desde esta fecha hasta el 26 de diciembre de 1961, dirigió por segunda vez la parroquia el padre Agustino Dionisio Carujo, también de origen español.

Desde aquel diciembre del sesenta y uno, le correspondió la parroquia al padre Albero Otálora quien a pesar de su avanzada edad, hizo grandes obras; mando decorar el altar mayor en fino dorado y compro varias imágenes de la virgen para cambiar las que se encontraban en mal estado. En el patio de la casa cural mantenía un diversidad de pájaros y muchas aves de corral; entre esta fauna se encontraba un loro que cantaba estrofas del himno nacional.

En marzo de 1963, recibió la parroquia el reverendo padre José Léver (Laverde), de origen suizo; éste sacerdote fundó una bonita capilla en la vereda de “ El Trigo ” con dineros girados desde su país, pues la ayuda de los feligreses no alcanzo para esta obra. Desde marzo del sesenta y tres hasta abril del sesenta y seis estuvo el padre José Léver. Luego llego el padre Pedro A. Beltrán que duro pocos meses y lo reemplazo el padre Francisco Rojas. En 1968, fue acusado éste sacerdote por chismes de una campesina, ante el obispo de Facatativá; luego fue trasladado ala intendencia del Meta al municipio del Calvario. Un sábado se dirigía el padre Francisco a caquetizar a los niños a un sitio llamado “Paratebueno”, cuando el sacerdote iba atravesando la calle un guerrillero le disparó desde una tienda y murió vilmente asesinado a la edad de sesenta y un a los, según informo la prensa de ese día.

Al padre Pachito Rojas, lo sucedió el reverendo padre Florentino Agudelo que también supo ganarse todo el cariño y el aprecio de la comunidad. Fue uno de los principales fundadores del colegio Marco Fidel Suárez, trabajo como rector sin obtener ningún lucro durante los dos primeros años que funciono como colegio municipal.

Desde 1966 tenemos como párroco al padre Luis Eduardo Orjuela Baracaldo, un sacerdote joven, dinámico y con un ferviente anhelo de progreso.

Hay que retroceder en el tiempo guiándonos por la luz de nuestra mente para recorrer aquéllos caminos que parecen borrarse en las sombras que el olvido va dejando; pero si la pluma y el papel hacen despertar nuestros recuerdos, podemos decir que estamos reviviendo nuestra historia religiosa.

Guayabal de Siquima ha dado un gran paso al progreso con el apoyo del padre Luis Eduardo. Desde su comienzo se dio paso al traslado de la imagen de la inmaculada como patrona de la población, al sitio del “Alto de la Cruz”, un empinado cerro que mira vigilante y altivo todos los habitantes, desde el hermoso valle del caserío, hasta las hermosas montañas de nuestros pueblos vecinos; es un sitio encantador y por que no decirlo, de interés turístico, pues allí unas escaleras de cemento desde el comienzo de la loma hasta la altiplanicie dónde se colocó la bella estatua de la Virgen María Inmaculada y en la mitad de su recorrido se encuentra una fuente de agua bendita.

Esta fue una de las primeras obras realizada por el padre Luis Eduardo, gracias a la colaboración de los feligreses y la iniciativa y buena voluntad con que trabajo don Obdulio Parra, Alirio Rojas y otros colaboradores.

No olvidemos que el día en que se preparo el terreno para dicha obra, los trabajotes de pica y pala encontraron al final de la loma, dos ollas de barro enterradas, una más pequeña encima de la otra, a manera de tapa y dentro de la olla mayor los huesos de un esqueleto humano. Con la sorpresa del hallazgo y con la sospecha de encontrar allí un tesoro, entre curiosos y trabajadores no tardaron mucho tiempo en despedazar esta reliquia.

Éste hecho nos lleva a pensar que aquel lugar, ahora sagrado; podría ser el sitio dónde descansaban los resto del “Cacique Siquima”, ya que los indígenas acostumbraban a enterrar a sus jefes en los cerros más altos. Sin embargo, por tradición de los Panches, sus jefes viajaban a otro mundo acompañado de oro y alimentos, a lo que nos acercaría mejor a pensar que aquel par de ollas excavadas con tanto apuro, no fueran más que los restos de algún familiar o pariente de esta estirpe de guerreros.

Otra de las obras del padre Luis Eduardo fue el embellecimiento del cementerio, con la pavimentación de la calle central, adornada con palmas a los lados.

Desde su llegada solemnizó las festividades religiosas, como la fiesta de San Isidro, santo por excelencia de los campesinos; esta ha sido una de las más grandiosas, junto con la fiesta de la Virgen del Carmen que se celebra el día dieciséis de julio de todos los años.

Entre las obras más importantes organizadas por éste sacerdote, se cuenta la instalación de una emisora con repercusión a todos los pueblos vecinos, para llevar el mensaje de Cristo y demás noticias regionales, así como las propagandas republicidad.

Bajo su administración se llevo feliz termino un edificio construido en el lote de la casa cural con el nombre de “Casa Campesina” .

No sólo consagro su tiempo a dar embellecimiento al pueblo, sino que con sus palabras nos ha dado vida en el espíritu; como buen orador nos ha impulsado a emprender el camino de la fe y la virtud fortaleciéndonos con la oración.



Desfile que precio la llegada del nuevo cuadro de la Virgen María, el cual había sido robado en días anteriores.

Quiero añadir, que éste joven sacerdote es un roble fuerte, vigoroso, de piel morena, cabellos negros y lacios, y saluda a su parroquiano con una sonrisa. Fue amante de los negocios, los cuales manejaba con gran habilidad, pero entre tantas buenas, también nos llegan las malas; no se puede olvidar que el tres de diciembre de 1985, fue robado el hermoso cuadro de la Virgen de la Inmaculada, que se hallaba colocado en el camarín, en la parte más alta del altar mayor, reliquia que el pueblo conservaba hace más de doscientos años; en una palabra desde su fundación. Era una obra en lienzo del pintor español Arce y Ceballos, similar al cuadro de la imagen de la Virgen de Chiquinquirá. Cuenta la historia de Guayabal que ante esta imagen oro el libertador de cinco naciones y de nuestra patria, el general Simón Bolívar, cuando en alguna ocasión atravesó estos caminos para llegar a Santa Fe de Bogotá.

Un año después el padre Luis Eduardo considerando el desconsuelo de su pueblo, como pastor de su grey, fue a Bogotá y con la ayuda de algunos feligreses, contrato un pintor y mando hacer un nuevo cuadro de la Virgen de la Inmaculada, aunque distinto al anterior. Haciéndole una solemnísima fiesta con un gran desfile de carros desde la ciudad de Facatativá y gran caballería desde la población de Albán hasta el centro del pueblo de Guayabal. Fue una entrada brillante, entre música y cantos acompañados de señoras y niñas que integraban el grupo de renovación carismática, esta celebración se llevó a cabo el ocho de diciembre de 1986.

A finales de 1984, llego a Guayabal de Siquima una delegación del minuto de Dios, compuesta por la señoras Anita de Alaguna, Lolita de Torres, Rosa de Dionisio, Stella de Ávila, Alejó Gómez y otras personalidades que han venido a renovar nuestras vidas con el mensaje de Cristo. Grandiosa obra dirigida por el reverendo padre Rafael García Herreros.

GRUPO DE RENOVACION

El grupo de renovación cristiano llamado pueblo de Dios, ha llegado a Guayabal como ave majestuosa, extendiendo sus alas bajo el viento leve que divisa toda nuestra región; justo ahora que la humanidad esta sorda y ciega; que todo un pueblo se arrastra en la oscuridad, que se esconde tras las máscara del egoísmo, la envidia y la vanidad; han venido a romper éste silencio con el eco de sus cantos, tomados del libro “Gozaos en el Señor”; y han abierto las puertas de nuestro corazón para confrontar nuestro pasado con nuestro presente; nos han planteado un nuevo camino para descubrimos a nosotros mismos, como un libro con los ojos abiertos sobre las páginas de nuestra conciencia, para recuperar nuestra identidad perdida y asumir nuestros propios valores basados en un mundo de amor y de paz.

Los divinos mensajes que el señor ha traído a Guayabal de Siquima con esta delegación, han caído como una lluvia fresca después del verano, como fértil oasis en el árido desierto de nuestra vida.

Para mí los cursos que dictaron las señoras y señores entre ellos un sacerdote de la república de Panamá, fueron como la mejor medicina para la enfermedad de mi alma, que he venido padeciendo a consecuencia de mi reciente viudez. La eterna ausencia de mi esposo me ha llevado por el camino del calvario; sólo mi dolor y mi triste soledad, son mis compañeros en las noches de insomnio y desvelo. Aquellos días de angustia infinita por la oscuridad de mi mundo interior, me hacían necesario acudir a la medicina espiritual; fue así como la tarde del seis de junio de 1987, acudí ala gran vigilia que se celebró en el templo parroquial de mi pueblo. Fue algo sublime, que no se alcanza a describir con palabras; era un sentirnos junto a Dios elevando cantos de alegría y de culto al “Altísimo Señor”, a los cuales deseaba sumar mi voz y elevar mi canto, como aves que extienden sus alas cruzando el espacio para que el eco de sus voces, se pierda en el cosmos y llegue a los rincones de la tierra.

Desde las nueve de la noche hasta las seis de la mañana, asistieron más de ochenta personas, escuchando l apalabra de Dios.

Al comienzo parecía reinar la oscuridad en el espacio, pero a medida que las cuerdas de aquellas guitarras y aquellos tambores resonaban en el templo, nuestro pecho vibraba de alegría; había una nueva luz, un nuevo amanecer en nuestro espíritu; era la paz mística que mira la profundidad de nuestro propio ser.

Pero qué es la oración? Es la manifestación a través del rezo de nuestras necesidades, de nuestra aflicciones, de nuestros anhelos, en busca de la felicidad; es meditar sobre nuestras acciones, pensamientos y reflexiones; es levantar la voz con un canto ala vida, reconociendo el poder de nuestro creador, nuestro rey; de Cristo, nuestro salvador. También podemos orar en la plenitud de nuestra alegría; en los días de nuestra felicidad, como una acción de gratitud, pues en nuestro yo gigante esta nuestra bondad.

HIMNO RELIGIOSO DE GUAYABAL DE SIQUIMA.

Siquimeño valiente anda listo
Que nos llama el clarín celestial
A formar en las filas de Cristo
Nuestro jefe y señor inmortal.

Empuñemos las armas airosos
De esperanza, de fe y caridad
Y sepamos sacarlas airosos
Contra toda perfidia y maldad.

Triunfará Jesucristo en el mundo
Aunque ruja furioso Satán
Guayabal con denuedo fecundo
Hará rey a su Dios hecho pan.

Nada importa que surjan malvados
Si en la lid nos alienta la cruz
Y aspiramos a ser coronados
Con eternos laureles de luz.

Samuel Bernal Gamboa.

EL TRÁGICO NUEVE DE ABRIL EN BOGOTÁ

Aquel viernes nueve de abril de 1948, lo llevo en mi memoria como un testimonio de verdad, vivido en el corazón de la capital de la república.

Había sido necesario viajar aquella mañana desde mi pueblo natal (Guayabal de Siquima), para traer algunos galones de pintura roja, con el objeto de pintar, cada quien el tejado de su casa, por orden del alcalde del pueblo don Virgilio Carrera, que gobernaba en aquel entonces; pero éste sueño no se realizó por la espantosa tragedia que sucedió en Bogotá.

Buscando el precio más económico de la pintura, me dirigí al apartamento de mi amiga pintura, me dirigí al apartamento de mi amiga Grace Olaechea de Girchill, que estaba situado en el tercer piso de la carrera novena con calle veintidós; aprovechando que el señor Kurt Arturo Girchill, un austriaco natural de Viena, era dueño de la Globe Sociedad Ltda.; una fábrica de esmaltes y pinturas, pensé que allí lo conseguiría a precio más cómodo. Y a había expuesto el motivo de divisita cuando Grace me dice:

- Espérate a almorzar.

No habíamos aún terminado el almuerzo cuando por el radio se escuchó la terrible noticia: *“En estos momentos acaban de matar al doctor Jorge Eliécer Gaitán, de un tiro por la espalda, cuando salía del edificio “Nieto”, ubicado en la carrera séptima con calle catorce”*. El reloj que colgaba de la pared del comedor de mi amiga marcaba la una y cinco minutos de la tarde; el gran líder político del partido liberal fue trasladado inmediatamente a una clínica dónde cuarenta minutos después falleció. Juan Roca Sierra, el presunto asesino, fue arrastrado por las calles y descuartizado por la muchedumbre enfurecida que gritaba a todo cuello: *“Tenemos que vengar la sangre de nuestro jefe; de nuestro padre!”*, gritaban otros llorando. Momentos después, el edificio “El Siglo” ardía en llamas.

Al caer la noche de aquel viernes, sólo se escuchaba el silbido de las balas que cruzaban en el aire llevando la muerte al azar; los muertos fueron más de mil en las calles; los buses, carros y tranvías fueron incendiados; varios edificios del centro de la ciudad estaban abrazados en llamas; era la tragedia más horrenda que por primera vez después de nuestra independencia del país, quedaría anotada en la historia de la patria Colombiana. Esta tragedia se prolongó por unas treinta y seis horas.

Cuando eran las seis de la tarde, tuve la ocurrencia de mirar por una de las ventanas y vi varios hombres que estaban armados con machetes nuevos, los cuales brillaban relucientes entre las sombras de la noche empezaba a caer. En un instante desde la ventana conté cinco hombres que estando de pie, daban media vuelta y caían muertos boca abajo, alcanzados por las balas asesinas que cruzaban al azar.

Yo miraba hacia el cielo y mientras elevaba una oración ala virgen María pidiéndole se compadeciera de esta ciudad y nos enviara una fuerte lluvia para apaciguar las llamas que en todas direcciones aparecía.

Así sucedió: llovió torrencialmente a Dios gracias, pero fueron dos días con sus noches, envueltas en sombras de muerte, robo, saqueo y pillaje; Bogotá parecía que estaba viviendo la historia de Roma, cuando el cruel Nerón llama a su amante y le dice; “ *Vamos a ver la pira! El incendio de la gran Roma*”. Así estaba Bogotá, la bella capital de Colombia, la noche del nueve de abril de 1948.

El domingo once en la mañana, salí a pies a observar la ciudad, acompañada de la madre de mi amiga Grace; doña Clemencia Mejía de Olaechea. Hicimos un recorrido por la parte céntrica de la ciudad contemplando las vitrinas saqueadas, las vidrieras en mil pedazos y los almacenes convertidos en multares de zapatos viejos tirados en cualquier parte.

Los sectores más sufridos fueron los de la carrera séptima en toda su extensión, la calle trece y especialmente al sector de San Victorino.

El robo fue impresionante en toda la ciudad, parecía que la gente estuviera trasteando de un lugar a otro. Días después, era curios ver a juzgar por su apariencia, algunas vendedoras de verdura luciendo lujosos abrigos de pieles y llevando puestos zapatos rotos.

Más de mil muertos fueron recogidos de las calles en los días tenebrosos del viernes y el sábado y en camino es fueron llevados a fosas comunes.

Una frase heroica y memorable para la historia del país, fue la que pronunció el presidente Mariano Ospina Pérez, cuando le exigieron que entregara la presidencia; 2 Vale más un presidente muerto, que un presidente fugitivo”, Desde aquella fecha inolvidable, Colombia cambió su rumbo de paz, por una insaciable sed de sangre y hambre deponer. Sólo hubo un respiro cuando el trece de junio de 1953, el general Gustavo Rojas Pinilla, tomó la presidencia de la República, consiguiendo la bonanza y la paz en algunas regiones del país. En aquella época, nuestro peso

Colombiano estuvo casi a la par con el dólar, pues en 1954 un dólar valía tres pesos colombianos.

Durante su mandato los campesinos pobres del país fueron beneficiados con mercados que consistían en leche, harinas, aceite, etc. En los días de Navidad los niños de escasos recursos también recibieron hermosos y finos regalos.

La memoria del general Gustavo Rojas Pinilla, quedó gravada en obras de gran magnitud, tales como el aeropuerto internacional “ El Dorado” , la autopista Bogotá Medellín, los sitios de recreación de Cafam en Melgar (Tolima), el edificio de Sendas, etc.

Esta es la historia personal de un viaje al territorio del pasado; recuerdos de nuestro ayer, momentos vividos que el tiempo quisiera borrar, pero sus huellas persisten como caminos imperecederos por los cuales habrán de correr otras tantas generaciones, trayendo a la memoria aquellos episodios que han lesionado cruelmente nuestro pasado colombiano.

Si seguimos trayendo a la memoria tantos recuerdos difíciles de olvidar, que hacen amargar la historia de nuestro país, anotaremos aquellos que vale la pena mencionar:

Recuerdan ustedes la catástrofe de Cali? Los cinco camiones cargados de explosivos que estallaron a la una de la mañana del siete de agosto de 1957?, cuantas personas entregadas al sueño y otras a la diversión, pasaron a la eternidad!. Y después de la toma del palacio de justicia, que sucedió en Armero Tolima?. Más de veintidós mil personas murieron sepultadas al estallar el volcán del Ruiz, que generó la avalancha que corrió aquella madrugada. La ciudad de Armero desapareció, quedo convertida en un campo santo; allí estuvo el papa Juan Pablo II visitando este lugar dónde oró por la paz de los difuntos y de nuestra patria.

DEL DOLOR Y DE LA ENFERMEDAD

Cuando el dolor se apodera de nuestro cuerpo, llega con el la angustia que hace temblar hasta la profundidad de nuestro propio ser, y nuestros pensamientos se esparcen en el viento como suave neblina, invocando con nuestras tiernas palabras el médico invisible y en mi caso envíe aquel cirujano acertado que cure la enfermedad y calme mi inmenso dolor.

Así fue m oración suplicante que dirigí al Altísimo Señor, desde el pasillo del hospital San Ignacio, soportando una peritonitis aguda a una diverticulitis, que venía padeciendo desde la noche anterior.

Aquella noche del ocho de junio de 1989, me había trasladado desde mi pueblo a la ciudad de Bogotá, para asistir a la misa que se celebraba en el barrio “ Las Américas” con motivo de cumplir los cinco años de la muerte de mi esposo.

Jesús Eduardo, el mayor de mis diez hijos y Juan Carlos el menor, fueron testigos de la lucha que sostuve entre la vida y la muerte.

Alas siete de la noche me pasaron a la mesa de cirugía y cuando desperté de la anestesia eran las once de la noche, hora en que el doctor Mauricio Tawill acababa de hacer la intervención quirúrgica. Con voz fuerte y serena pregunté:

- Doctor, ya me opero
- Claro que ya te opere, contestó el famoso médico de la fundación Santa Fe.

Ala mañana siguiente entro en mi cuarto, que se hallaba en el octavo piso, marcado con el numero diecinueve.

-Olvide que era una mujer de sesenta y cuatro años, portando un canal de energía como si sólo contara con cuarenta abriles. Y pensando para mi yo doliente, me dije en silencio: *“Dios es le árbol de la vida, somos sus raíces y El es nuestra flor en el cielo”*. Y volviendo los ojos hacía el médico le miré como el ángel de mi esperanza y le contemplé con su imponente y serena autoridad de selecto cirujano; luego rompí por un instante el silencio para decirle con gratitud:

-Gracias doctor! Después de todo le debo la vida y le estaré agradecida por el resto de mis días.

El veintitrés de octubre de 1989 regresé al hospital, para cumplir la cita medica con el fin de internarme nuevamente para un cierre de colostomía; debía aceptar una operación más fuerte y dolorosa; pero Dios que escucha nuestras plegarias, no nos abandona aun en los momentos más difíciles de nuestra existencia; sólo nos basta tener la perfecta seguridad que lo que

hemos pedido significa una realidad por que tenemos la certeza de que nos ha escuchado; por tanto, debemos adelantarnos diciéndole: “ *Gracias padre! Que me estas escuchando*”.

DE LA SOLEDAD Y LA ESPERANZA

COMO SE VE BOGOTA POR LA VENTANA

Durante los días de mi recuperación pude salir a la terraza del noveno piso del hospital y desde allí pude contemplar casi en toda su extensión esa gran metrópoli: la hermosa capital Colombiana con sus lindas montañas que vienen desde el oriente y aparecen en las cabeceras de la ciudad como una esbelta y verde muralla, formando con sus bosquecillos y lindos jardines una cadena de frondosos árboles dónde anidan miles de avecillas que anuncian con sus trinos las primeras horas de la mañana. Muy cerca pude apreciar la Universidad Javeriana; el ir y venir de tantos estudiantes que se apiñan cual colmena de abejas para recibir la dulce miel de la ciencia y la sabiduría.

Bajo el cielo azul de sus montañas se ve el bello santuario el señor de Monserrat, extendiendo sus paisajes hasta la capilla de Nuestra Señora de Guadalupe, que actualmente se le llama Nuestra Señora de la Peña.

Cuando las sombras del anochecer extienden su infinito manto sobre la ciudad, aparece nuestra bella capital como un ostentoso pesebre, iluminado de norte a sur y desde el oriente hasta el poniente; y en las cabeceras de sus montañas se ven las luces de los carros que transitan por aquellos lugares y se escucha con claridad el ladrar de los perros que vigilan atentos las residencias de sus amos para protegerlos de los ladrones tan abundantes en las ultimas décadas de nuestro siglo.

Después de haber pasado dos semanas recluida en el cuarto doscientos veintinueve del noveno piso, el doctor Mauricio Tawill, ordeno mi salida. Regrese a mi casa y un mes más tarde volví a mi viejo pueblito de Guayabal.

Un gran placer me produjo el nuevo encuentro con mis más inmediatos vecinos; Bernardito Cortes, don Serafín, Teodolinda y sus niñas Cristina y Rocío, Alcira Ayala y su hija, mis hermanas y también mis amigas del grupo de renovación carismático; con todo esto parecía que mi ánimo de salud adquiría mayor fortaleza para continuar mi trabajo cotidiano.



De izquierda a derecha, Rosario Ayala, Jairo Acosta, Hernán Acosta, Dora Bermúdez (arriba), Cecilia Niño de Bermúdez, Inés de Acosta, Flor alba Niño, Carmelita Pérez, Pedro Niño, Germán Acosta y Clara Acosta (abajo).



Guayabal hace cuarenta años; hijos de Inés de Acosta ¿quiénes son?



Hermanos Familia Acosta de Izquierda a derecha: Gerardo, Pilar, Lucho, Gema, Clara, Germán, Jairo, Hernán, (Eduardo, el mayor no cupo en la lente del fotógrafo, el menor Juan Carlos no había nacido para la ocasión)

DEL TIEMPO Y LA MELANCOLIA

TRISTEZA

Qué triste es mi vida
Qué triste vejez
Después de diez hijos
Estar sola otra vez.

Sin hijos ni esposo
Ya todos se van
Los unos trabajan
Ya tienen su hogar
Los hijos menores se van a estudiar.

Mi esposo tan lejos, tan lejos está
Descansando siempre en jardines de paz
Y esta pobre madre tan solita esta
En la casa vieja de su Guayabal.

Tejiendo recuerdos de dulces momentos
Compartiendo el tiempo con la soledad.

A Dios yo le pido, al Dios del amor
Que cambie mi suerte, que no haya dolor
Que siga viviendo con gran ilusión.

(Inés de Acosta)

TEQUENDAMA

A Clarita Acosta

Desde la ventana de mi casa vieja
Contemplo el paisaje de todas las mañanas
Un río sonoro que canta en el tiempo
En el tiempo de ayer de hoy y mañana.

Las lindas praderas con sus cafetales
Y las bellahelenas de regio color
Se visten de gala cual manto divino
Sonriéndole al cielo a Dios su creador

Ya viene la aurora ya esta amaneciendo
Y las avecillas que de rama en rama
Entonan sus cantos despertando el alba
El alba del alma de mi corazón

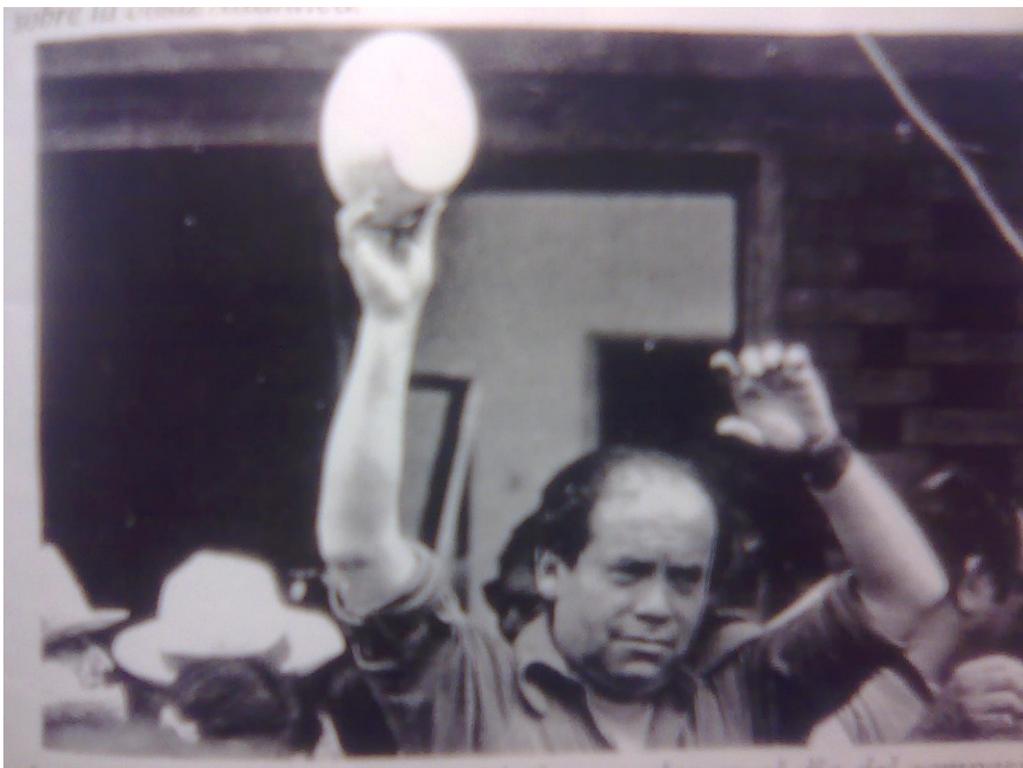
Que bella es la tierra con su manto verde
Con sus nubes blancas y su cielo azul!
Y allá en la colina de un monte lejano
Se ve la casita de don Jorge Cruz

Cual viajera que cruza el espacio
Volando la selva el viento y el mar
Quisiera encontrarme en la verde pradera
De aquel Tequendama que sueño en mis días
Y en las noches largas de mi soledad.

(Inés de Acosta)



Pedro Niño y el padre Federico Léver, en un barco Colombiano sobre la costa Atlántica.



Jesús Alberto Acosta, repartiendo los regalos en el día del campesino como alcalde del municipio.



Inés y su esposo Jesús Alberto Acosta en una tarde de verano, bajo lo árboles del parque de Villeta Cundinamarca.
Este sería el último viaje que harían juntos, antes de morir su esposo en una tarde de junio de 1984 bajo un sol insistente.

EL TIEMPO SE VA

Nos damos cuenta
Como se van las horas
Los días
Los años
Que van pasando
A formar entre los muertos

Pero ahora, que aún vivo
Quisiera retroceder el tiempo
Y viajar al país de los recuerdos.
No sin antes contemplar el rancho viejo
Y mirar las telarañas
Que de un rincón a otro veo.

Las alcobas de mis hijos
Que partieron hace tiempo
Y que ahora están colmadas
De nostalgia y de silencio

Oh escritores y poetas
Yo os invito
Entrad
Que las puertas de mi casa
Están abiertas

Seguid que la mesa esta lista.
Alzo la copa y brindo por todos
Y os digo que aún no estáis muertos
Que basta un suspiro
Para evocar tus recuerdos.

A ti Pombo, a ti Flores a Silva
Os llamo paisanos por ser colombianos
Y aunque Argentino, También a Luis Borges

A ti Pombo querido
Con cuanto cariño te escuchan los niños
Que leen tus versos en todos tus libros
Simón el Bobito o Rin Rin Renacuajo
Y así tantos otros, si mal no recuerdo.

A ti Julio Flores, nostálgico amigo
Que amaste a los muertos en campo florido
A la virgen de Chiquinquirá le he pedido
Que tu nombre viva por siglos y siglos

También en mi verso a Dios le he pedido
Perdón para Silva,
Si por gran amor se quito la vida.